Extremadura Protohistórica:
Paleoambiente, Economía y Poblamiento.
Cáceres, 1998: 121-156

EL POBLAMIENTO PROTOHISTÓRICO EN EL TAJO MEDIO: EXCAVACIONES DE URGENCIA EN EL RISCO Y ALISEDA (CÁCERES)

Ignacio PAVÓN SOLDEVILA
Alonso RODRÍGUEZ DÍAZ
Juan-Javier ENRÍQUEZ NAVASCUÉS

La aparición de un poblamiento estable en la fachada atlántica peninsular constituye uno de los logros que, en los últimos años, se tienden a vincular al proceso de intensificación de las relaciones entre este ámbito geográfico y el mundo atlántico europeo. En este sentido, y como consecuencia de una serie de innovaciones tecnológicas, sociales e ideológicas acaecidas a partir del Bronce Final –aunque de amplias perduraciones–, tanto dicha sedentarización de las poblaciones como la generalización de un nuevo ritual funerario han pasado a ser considerados, entre otros, aspectos especialmente relevantes (Ruiz Gálvez, 1990: 80).

La evaluación global de la realidad protohistórica extremeña llevada a cabo a finales de los años ochenta contribuyó, en tanto que región occidental, a una mayor definición de dicho proceso, aun cuando la naturaleza del registro arqueológico –consistente sobre todo en piezas aisladas de bronce, orfebrería, etc.– impidiese, hasta el momento, un acercamiento todo lo detallado que fuera deseable a variables tan significativas como aquéllas relacionadas con el poblamiento (Celestino y otros, 1992: 311-315). Cierto es que también sobre esas mismas fechas habían visto la luz algunos trabajos en los que, a partir del estudio de este último aspecto y su registro arqueológico se llegó a plantear la posible existencia, en el marco de la geografía extremeña, de algún tipo de ordenación territorial, constatable, al menos, en zonas concretas como el Valle del Guadiana (Enríquez Navascués, 1989-90 y 1990: 75-77). Como datación meramente referencial para dicho proceso de complejización territorial se propuso el 800 a.C.; una fecha supuestamente coincidente con el inicio de la ocupación del poblado de vado de Medellín, que debió ocurrir por aquel entonces o poco antes (Almagro Gorbea, 1977: 481).

Sorprendentemente, y a pesar de considerarse esta información sobre la posible existencia de poblados y su estructura como «virtualmente nula», no se ha suscitado el menor reparo por parte de ciertos autores a la hora de esgrimir ese supuesto argumento *ex silentio* como un dato fiable y repetidamente utilizado (Ruiz Gálvez, 1990: 85). Así, desde esta perspectiva, se ha venido defendiendo en una postura alternativa lo que puede definirse como una «territorialización anómala» de la región extremeña en el marco no sólo de la orla atlántica peninsular, sino inclusive del propio Suroeste. Frente al Centro-Norte portugués y al Valle del Guadalquivir, donde se tiende a documentar un hábitat estable a partir de los siglos X-IX a.C., la Extremadura española, en unión con las Beiras y el Alto Alentejo, no acusaría un claro proceso de sedentarización hasta ya entrada la Edad del Hierro, a partir del siglo VII a.C. (Ruiz Gálvez, 1990: 82; Galán Domingo, 1993: 58).

En el marco de este debate deben señalarse las importantes objeciones que, desde los defensores de esta segunda postura, se han interpuesto a los razonamientos en favor de la primera, que, a renglón seguido, han llevado a considerar las evidencias del poblamiento sobre el espacio regional más como la plasmación de «un interés por el control de las vías de comunicación, que durante el Bronce Final están viendo crecer el movimiento de personas, mercancías e ideas por ellas», que como una realidad mínimamente articulada, puesto que no se trata, desde esta óptica, sino de «escasos datos que hablan de inestabilidad de la población y de itinerancia» (Galán Domingo, 1993: 60).

Más allá de la constatación de profundas contradicciones entre dos sectores de la investigación en torno al poblamiento protohistórico extremeño, posiblemente estas últimas valoraciones se entiendan mejor una vez conocida la peculiar concepción que de las estelas del Suroeste –las estelas extremeñas de guerreros y diademadas–, como hitos de vías ganaderas y rutas comerciales, tienen los defensores de la segunda hipótesis apuntada (Ruiz Gálvez y Galán, 1991). Serían éstos unos elementos arqueológicos muy personalizados, que se localizarían fundamentalmente en Extremadura –ese espacio intermedio con patrón de asentamiento itinerante–, donde desempeñarían ese papel en el control territorial que normalmente se viene atribuyendo a los poblados. En este sentido, y desde esta posición, se subraya la falta general de relación existente entre estelas y yacimientos, así como la alternativa aparición de las primeras en zonas de paso o fronterizas, y su protagonismo en la transformación del «paisaje» en «territorio» (Galán Domingo, 1993: 77-81).

Dicho esto, conviene apuntar, antes de nada, que ya en alguna ocasión nos hemos manifestado críticos con las posturas en favor de una «territorialización anómala» de la actual Extremadura, en el marco de un poblamiento inestable, durante el Bronce Final (Pavón Soldevila, 1995-a: 49). Sin embargo, en función de los trabajos desarrollados en los últimos años, creemos llegado el momento de reflexionar, contando con una serie de informaciones de primera mano, sobre la problemática general de los comienzos de la protohistoria en nuestra región a partir del estudio de una zona concreta del Tajo Medio, la «Penillanura Cacereña», que reúne todos los ingredientes aludidos en la discusión: bronces, orfebrería, estelas... y poblados. A partir de la concepción de la región extremeña como un «espacio de frontera» (Barrientos Alfageme, 1985: 16-17), resulta razonable pensar, como ya se ha señalado, que a lo largo de los siglos dicha situación geográfica haya contribuido a generar un tejido cultural mestizado y especialmente caracterizado por la gradación de los flujos culturales entre el sur y el interior peninsular (Rodríguez Díaz, e.p.). Planteamos, por lo tanto, el presente estudio en el convencimiento de que sólo a partir de la observación del fenómeno arqueológico en marcos acotados y bien definidos es posible trascender del nivel de análisis global hasta ahora desarrollado, proporcionando una escala posiblemente más válida para la caracterización de los procesos de subregionalización, hacia los que, creemos, nos conduce día a día el registro protohistórico extremeño.

1. LA «PENILLANURA CACEREÑA»: EL CONTEXTO Y SUS RECURSOS

Antes de adentrarnos en el análisis estrictamente arqueológico, bueno sería sintetizar, como un paso previo, algunos de los caracteres fisiográficos y ambientales que enmarcan y personalizan nuestro ámbito de estudio, que estimamos indispensable de cara a la adecuada comprensión de la distribución y gestión de las poblaciones humanas sobre el paisaje.

En este sentido, necesario es señalar los accidentes geográficos que lo enmarcan: a) el río Tajo, que discurre limitando este sector por el Norte; b) la Sierra de las Villuercas (1.601 m.), al Este, que se prolonga hacia el NW hasta encontrarse con el Tajo mediante una barrera ininterrumpida constituida por las sierras de Valdelaorden, Linares, Puerto, Rocastaño, Piatones, Espejo y Corchuelas; y c) las grandes sierras de Guadalupe y Montánchez (994 m.), que discurren en dirección NE-SW, desde las Villuercas hasta encontrarse con la Sierra de San Pedro (703 m.), formación que cambiando de orientación y dirigiéndose hacia el NW, casi hasta el Tajo, acaba por constituir una especie de arco, convexo hacia el Sur, que acota por su lado meridional el amplio sector geográfico que es la Penillanura (MAPA, 1988). Sin embargo, este espacio presenta unos límites menos nítidos en el sentido Oeste, donde de hecho continúan las mismas condiciones fisiográficas al sur del Tejo portugués (Ribeiro y otros, 1987).

A pesar de integrarse en un espacio perfectamente acotado, no puede decirse en modo alguno que éste se caracterice por su cerrazón o por la ausencia de comunicaciones que posibiliten su relación con las zonas vecinas. A través de los pasos naturales que suponen los puertos de Santa Cruz, Valdemorales, Herrerías, Clavín, o Puertollano, y coincidiendo a grandes rasgos con la divisoria de aguas, no resulta complicado el acceso desde la Cuenca Media del Guadiana (en adelante, CMG). En ocasiones, se ha demostrado la utilización de estos puertos en época protohistórica; pero posiblemente de los caminos que discurren por esta geografía, la ruta con más predicamento sea la que abre con su paso la «Falla de Plasencia» (Álvarez y Gil, 1988), que en sentido SW-NE atraviesa la Penillanura. Las comunicaciones con la Meseta se ven dificultadas, además de por una orografía salvable a través de puertos como el de Miravete, por el abrupto encajonamiento del río Tajo, que sólo por algunos puntos es vadeable: Monfragüe, Alconétar, inmediaciones de Alcántara, etc.

Se define así la Penillanura como un espacio suave y alomado, básicamente tallado por pizarras y granitos, definido y a la vez abierto, con altitudes que se desarrollan en general entre los 200-500 m., suave inclinación occidental, y en el que resulta posible distinguir al menos cuatro formaciones geológicas: a) los Materiales Cristalinos, integrantes de los personalizadores macizos graníticos y granodioríticos, así como de sus formaciones satélites; b) los Materiales Paleozoicos, que alcanzan la mayor extensión en la zona, y se definen por pizarras, cuarcitas, cornubianitas y formaciones calizas cámbricas; cuarcitas, areniscas y pizarras silúricas; y escasos afloramientos devónicos; c) los Terrenos Terciarios, con extensiones muy inferiores, cuya localización está a menudo relacionada con cubetas de origen tectónico, cuando no se presenta a modo de cobertera bastante arrasada, que fosiliza la Penillanura; y d) los Depósitos Cuaternarios, clasificables como aluviales, o bien sedimentos muy detríticos de recubrimiento (Cabo Alonso, 1979; Gómez Amelia, 1982; IGME, 1986; Palacios, 1995).

Pero por encima de la información geológica, el conocimiento del entorno minero de la Penillanura resulta determinante a la hora de evaluar la potencialidad económica del territorio que estudiamos. En este sentido, no deben minusvalorarse las áreas mineras de Piedras Albas-Garrovillas y Arroyo de la Luz-Cáceres, dentro de un contexto más amplio de posible explotación estannífera en el que se integran las áreas de Trujillo, Albalá-Montánchez y Logrosán. El área de Piedras Albas-Garrovillas dispone de filones de estaño-wolframio, asociados a elementos graníticos y/o a pizarras; ganga de estaño, wolframio y pirita; con cuarzo como roca de caja. También hay filones de uranio a los que acompañan como elementos ocasionales el fósforo, la pirita, el cinc, el plomo y el hierro. Se trata de una mancha localizada entre los municipios de Piedras Albas, Ceclavín, Acehúche, Garrovillas, Mata de Alcántara y Brozas. El área de Cáceres-Arroyo de la Luz también dispone de filones y placeres de estaño, constituyendo, en cierto modo, una continuación del anterior (Florido Laraña, 1987: 31-88). Menos frecuentes, aunque posiblemente tan interesantes como las anteriores, son las mineralizaciones de galenas argentíferas de las inmediaciones de Plasenzuela (Florido Laraña, 1987: 107). Independientemente de estas cuestiones, no deben ignorarse las numerosas referencias a posibles recursos auríferos, de carácter preferentemente –aunque no exclusivamente– aluvial en las inmediaciones del río Salor (IGME, 1972; Florido Laraña, 1987: 90-94).

También en relación con la evaluación de recursos potenciales, el mapa edáfico de la Penillanura refleja el predominio del Cambisol dístrico, hacia el norte de las comarcas de Cáceres y Brozas; frente a la abundancia del Leptosol dístrico (Litosuelos) en el sur de Cáceres y Brozas, y norte de Valencia de Alcántara. Una buena representatividad tiene también el Cambisol crómico, asociado al anterior. Algunas manchas de Cambisol éutrico se aprecian en un marco en el que resultan excepcionales –y muy poco significativas– las apariciones de suelos antrópicos y aluviales, como los Antrosoles y el Fluvisol éutrico. Hay, por lo tanto, un predominio compartido de los suelos poco evolucionados o indiferenciados y los suelos con horizonte B Cámbico. En la porción propiamente correspondiente a la Sierra de San Pedro encontramos, sin embargo, suelos con horizonte B Árgico, como son el Acrisol háplico, dominante, y algunas manchas, casi insignificantes, de Luvisol crómico y Alisol gleico (INEA. J.M. Albareda; García, 1995).

El Cambisol (Ochrepts/Pardos) (Cobertera, 1993) es el tipo de suelo más importante y representado de la provincia cacereña, reconociéndose hasta cinco subtipos dentro de él, entre los cuales el dístrico y el éutrico están presentes de un modo notorio en la Penillanura occidental. El dístrico aparece desarrollado sobre granitos, en zonas llanas o suavemente onduladas, y bajo dehesas o cultivos cerealistas, que en muchos casos se utilizan para consumo en verde por el ganado. Por sus condiciones físico-químicas no admite más uso que el que se le viene dando. Al éutrico, sin embargo, se le reconoce una capacidad de uso algo mayor.

Los Leptosoles (Orthents/Litosuelos) (Cobertera, 1993) son principalmente suelos raquíticos, cuyo espesor máximo no llega a superar los 30 cm., apareciendo asentados sobre roca o sobre una capa cementada que no puede romperse con la azada. En la provincia cacereña se localizan en zonas algo más abruptas que en las comarcas pacenses, donde la pendiente constituye, junto con la naturaleza del material original, el principal agente responsable de una fuerte erosión. Son suelos que aparecen desarrollados generalmente sobre materiales graníticos, cuarcíticos o pizarrosos, y sobre los que se desarrolla un pastizal, cuando no son destinados a cultivos cerealistas de secano para consumo a diente por el ganado. La vegetación arbórea sobre los Leptosoles dístricos es, en la actualidad, prácticamente inexistente, salvo en los enclaves más abruptos, donde los suelos aparecen más evolucionados y soportan retazos boscosos, claro indicio de que estas áreas fueron

antaño deforestadas con fines agrícolas. Este mismo tipo de suelo es el que aparece sobre los berrocales graníticos, que soportan sobre todo una vegetación herbácea rala y acidófila con elementos retamoides dispersos.

Los Acrisoles (Udults/Ferruginosos oligotróficos) (Cobertera, 1993) son suelos física y morfológicamente muy parecidos a los Luvisoles (Udalfs/Pardos lavados). Ocupan el segundo lugar en importancia entre las unidades definidas en la región y, aunque en Cáceres sólo ocupan el cuarto lugar, personalizan a los sistemas montañosos de la Sierra de Gata, Sierra de Guadalupe, Villuercas y las estribaciones de la Sierra de San Pedro. Soportan fundamentalmente alcornocales, aunque en las zonas con menos pendiente pueden usarse para cultivos cerealistas que soporten su acidez, como es el caso del centeno. La degradación del bosque original y su invasión por un matorral de jaras y brezos han favorecido los procesos de podsolización y degradación de estos suelos.

El territorio que es objeto de nuestro estudio pertenece por completo, como hemos señalado, a la cuenca del Tajo, río de caudal irregular, con máximas del orden de los 350 m^3/sg. en el mes de febrero, y mínimos de 11 m^3/sg. en los meses de agosto y septiembre (medidos en la estación de aforos de Alcántara). Corre aprisionado por el borde inferior de los Montes de Toledo, mordiendo progresivamente el borde occidental del zócalo, hendido en agrestes ribazos que han dado origen al topónimo «ribero» (Barrientos Alfageme, 1990: 28). Por su margen izquierda, y procedentes de nuestra zona, recibe las aportaciones de algunos cursos fluviales como el Almonte-Tamuja y el Ayuela-Salor, de corto recorrido y régimen torrencial, que se presentan casi secos durante el estiaje y constituyen un elemento paisajístico reseñable de la Penillanura.

La provincia de Cáceres presenta un clima continental, aunque dulcificado, en comparación con otros climas continentales como los que se dan en el resto de la Meseta, por la influencia atlántica que remonta el valle del Tajo. También contribuye a esta situación el efecto de la Cordillera Central, en la zona septentrional de la provincia, que detiene la penetración de los fríos vientos del norte; y la presencia de vientos templados atlánticos en las tierras con altitudes inferiores a los 400 m.; incidiendo todo ello en el disfrute de unos inviernos de carácter más benigno que los meseteños. La oscilación térmica es grande, disminuyendo de Este a Oeste; la temperatura media anual supera los 16 °C en el Sur de la provincia, y es inferior a los 10 °C en el Norte. Por su parte las precipitaciones en la Penillanura no alcanzan los 500 mm., en tanto que en el Sistema Central superan los 1.200 mm. Concretamente el clima de la Penillanura puede catalogarse como de tipo semiárido-mediterráneo, con un grado de aridez no extremado, salvo en los meses de verano.

En función de los datos alusivos a las comarcas de Cáceres, Trujillo, Brozas y Valencia de Alcántara (MAPA, 1983) y en íntima relación con las características climáticas y edáficas de la región, es posible presentar un panorama aproximado y orientativo de los cultivos y aprovechamientos que en el momento presente se desarrollan en la Penillanura. Desde una óptica global, la superficie dedicada al aprovechamiento de la tierra de labor (la labor intensiva, con o sin arbolado de frondosas, más la extensiva, suman el 42,2%) es ligeramente superior a la empleada como pastos (prados naturales y pastizal con matorral alcanzan el 41,8%); muy por encima, ambas, de otros aprovechamientos, como la masa forestal de coníferas y frondosas (3,8%), el olivo, la vid y frutales de secano o regadío (3,1%); y, por supuesto, al terreno improductivo (7,7%). No constituye, por lo tanto, un espacio adecuado para el desarrollo de la agricultura, sino que se emplea, sobre todo, como zona de pastos.

2. HACIA LA DEFINICIÓN DEL PRIMER POBLAMIENTO PROTOHISTÓRICO EN EL TAJO MEDIO: UNA VISIÓN MACROESPACIAL

Queda así, limitada por el Tajo y controlada por serratas dominantes, una zona peniaplanada, de relieve suave y monótono, en la que también cobran especial relevancia de cara al control del territorio y de sus recursos, las escasas elevaciones que emergen en su seno, caso de las sierras de Santiago, Santo Domingo o La Mosca. Se trata, en la mayoría de los casos, de auténticos balcones que acogen algunos de los asentamientos más importantes que en los últimos años hemos venido valorando en relación con el poblamiento del Bronce Final y que configuran un patrón de asentamiento perfectamente definido (Pavón Soldevila, 1995-a: 49-50; 1995-c). En su conjunto, son lugares de vertientes muy escarpadas y de difícil acceso, que además suelen coincidir con las mayores altitudes de la zona. El poblamiento propiamente dicho se desarrolla en las accidentadas cimas de estas elevaciones, articulándose en sectores o plataformas en general bastante bien delimitados por afloramientos o acusados desniveles topográficos. Este modelo que se empieza a vislumbrar en el Tajo Medio –posiblemente extensible en

no pocos casos al Hierro I «Orientalizante»– parece responder a unos criterios radicalmente distintos de los apuntados hasta hoy en la CMG para el final de la Edad del Bronce (Enríquez Navascués, 1989-90 y 1990: 77), en parte como consecuencia de una mayor altitud del territorio, unida a las peculiaridades de un medio más arisco; en parte por la existencia de unos recursos potenciales alternativos, sobre todo los pastos y el mineral (Fig. 1).

Definimos, por lo tanto, el asentamiento en alto como la célula básica del poblamiento en esta región del Tajo Medio durante la primera mitad del I milenio a.C., donde se constituye no sólo en un referente básico del paisaje, sino además –puesto que no sólo ofrecen la ventaja de ver, sino también la de ser vistos desde el llano– en un argumento que parece apuntar un cierto grado de territorialización que, necesariamente, tendremos que sopesar más adelante. Por el momento, sin embargo, centrémonos en una sumaria presentación de los poblados que, en función de los trabajos desarrollados en los últimos años, estimamos más significativos, apuntando que una prospección intensiva incrementaría, sin duda, el número de yacimientos documentados.

Por una parte, pueden señalarse algunos poblados que, situándose en la zona centro-occidental de la Penillanura, se localizan en las inmediaciones del Tajo, su límite septentrional. Los más conocidos, aunque no sin limitaciones, son los del Castillón de Abajo (Alcántara) y los Castillones de Araya (Navas del Madroño), objetos de interés recientemente por la investigación (Martín Bravo, 1994: 253-254 y 258). En ambos casos se trata de pequeños poblados, inferiores a 1 Ha., asentados sobre puntos altos desde los que se controlan zonas de paso del Tajo y cuya organización interna nos resulta casi desconocida. Así, poco más puede apuntarse que la existencia de sistemas constructivos consistentes en la disposición de tramos de murallas que complementan los afloramientos rocosos que actúan a modo de defensas naturales. En ambos casos la cultura material documentada se restringe a fragmentos cerámicos moldeados, principalmente amorfos y de acabado más bien grosero, entre los cuales no hay síntomas inequívocos de la «orientalización» de estos poblados. De hecho, la propia indefinición morfológica de los materiales recuperados obliga a considerar con cierta cautela su adscripción al Bronce Final, en la que posiblemente haya influido su cercanía, e incluso relación, con poblados de cronología más ajustada, como los del Cabezo de Araya (Almagro Basch, 1961; Almagro Gorbea, 1977: 63-65) o, tal vez, La Muralla (Alcántara). Este último yacimiento es otro típico asentamiento en alto, en un cerro amesetado que preside uno de los pocos vados que el Tajo presenta en la zona. Además de por las defensas naturales, este poblado de más de 10 Ha. se ve circundado por tres recintos defensivos pertenecientes al Hierro II, si bien la cultura material cerámica recogida en el yacimiento nos resulta más bien imprecisa (Martín Bravo, 1993: 340; 1994: 250-252). Su origen en el Bronce Final se ha avalado por un lote de objetos metálicos dados a conocer hace algún tiempo, entre los que se encuentran varias hachas, algunas de ellas con talón y una

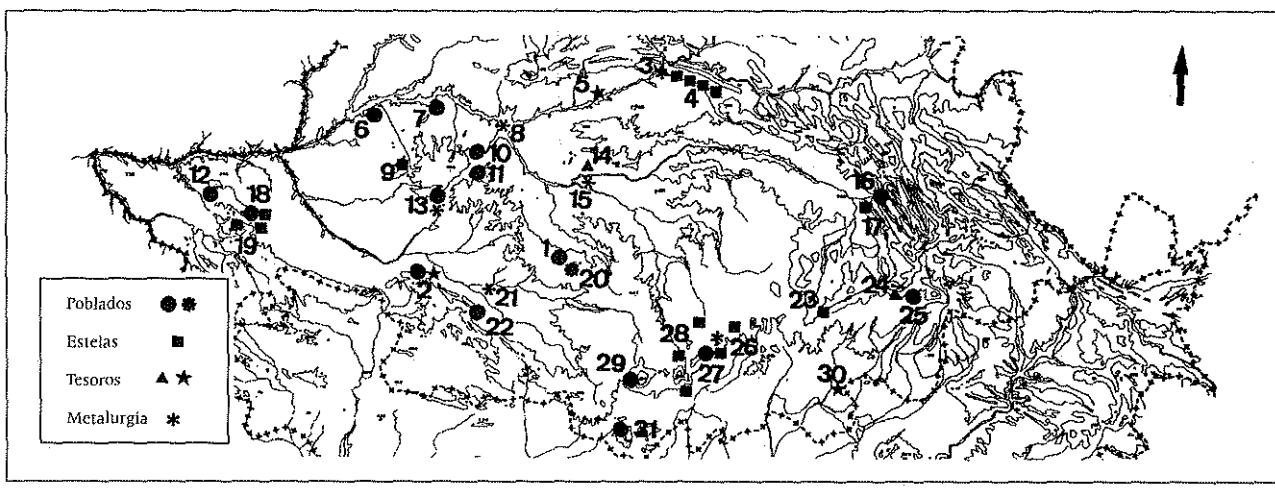

Figura 1.–La Penillanura Cacereña durante el Bronce Final-Orientalizante: 1-El Risco; 2-Sierra del Aljibe de Aliseda; 3-Villarreal de San Carlos; 4-Torrejón el Rubio; 5-Serradilla; 6-La Muralla; 7-Castillón de Abajo; 8-Alcántara; 9-Brozas; 10-Castillones de Araya; 11-Santo Domingo; 12-La Portilla; 13-Cabezo de Araya; 14-Monroy; 15-Aguijón de Pantoja; 16-El Escobar; 17-Solana de Cabañas; 18-El Cofre; 19-Valencia de Alcántara; 20-Torrejón de Abajo; 21-La Mogollona; 22-Morrón de Hatoqueo; 23-Trujillo; 24-Berzocana; 25-San Cristóbal de Logrosán; 26-Castillejo de Robledillo; 27-Alijares; 28-Robledillo de Trujillo, Zarza de Montánchez, Almoharín e Ibahernando; 29-Castillo de Montánchez; 30-Madrigalejo; 31-La Navilla.

anilla, y una fíbula de codo, que se adscriben globalmente al Bronce Medio y al Bronce Atlántico II-III (Esteban Ortega, 1988).

Un segundo conjunto de poblados lo podrían constituir aquellos asentados a lo largo del arco que conforman las sierras de Montánchez y San Pedro. Como en el caso anterior, se trata de asentamientos en alto con un amplio dominio visual. En relación con la Sierra de Montánchez, cabe destacar los yacimientos del Castillo de Montánchez y Los Alijares (Robledillo de Trujillo). El primero de ellos, con una cota máxima de 714 m., se eleva entre unos 200-300 m. sobre el entorno circundante, erigiéndose en el balcón noroccidental de dicha alineación montañosa. Sin duda alguna las construcciones medievales y modernas deben haber alterado notablemente el subsuelo, sacando a la luz diversos fragmentos cerámicos, aunque no excesivamente numerosos, que deben añadirse a los que, procedentes de la vecina Cueva de La Era, ya diera a conocer González Cordero (1985: 44-49). Entre ellos, encontramos tanto producciones a mano –consistentes en cuencos y cazuelas carenados, vasos de almacén cuidados y fragmentos con tratamiento «escobillado»– como cerámicas a torno grises con perfiles de platos de borde saliente. Además, en este yacimiento se han documentado fragmentos de útiles líticos, principalmente martillos de minero, que nos aluden al desarrollo de este tipo de trabajos en sus inmediaciones, en las que resultan abundantes los recursos estanníferos (Sos Baynat, 1981). Idéntica relación con dichos recursos, aunque en esta ocasión del término de Almoharín (Florido Laraña, 1987: 42 y 68-63), guarda el yacimiento de Los Alijares, que con 786 m. de altitud se eleva hasta unos 400 m. sobre el entorno circundante. Se trata de un enclave protegido por afloramientos naturales y fuertes desniveles de ladera, de dimensiones indefinidas, aunque posiblemente inferiores a 3 Ha., que, tras una ocupación calcolítica, fue rehabitado durante el Bronce Final, a juzgar por la recuperación en el mismo de algunos fragmentos con tratamiento superficial muy cuidado y perfil de cuencos carenados. Ambos yacimientos, al que tal vez deba sumarse otro probable poblado en el Castillejo de Robledillo, comparten además su privilegiada situación estratégica. Así, el Castillo de Montánchez visualiza nítidamente gran parte del corredor N-S en el que posteriormente se dispondrá la Ruta de la Plata, concretamente el tramo que, abandonado el curso del río Aljucén y superado el puerto de las Herrerías, se acerca al corazón de la provincia de Cáceres; así como la Sierra de la Mosca y la ladera norte de la Sierra de San Pedro. El yacimiento de Los Alijares se constituye igualmente en un balcón vigía en varias direcciones, pues además de las extensas planicies situadas al N y NW que alcanzan hasta la Sierra de la Mosca, controla las tierras bajas que se extienden sin solución de continuidad hacia las Vegas del Guadiana, situadas en las proximidades de Santa Amalia y Medellín. Además, vigila el corredor natural que dirigiéndose hacia el E y por Santa Cruz de la Sierra salva al este de la Penillanura el escollo que supone la Sierra de Montánchez en las comunicaciones N-S. Estos últimos yacimientos controlan visualmente un amplio territorio en el que desde hace años no han dejado de producirse hallazgos tan emblemáticos como las estelas de Ibahernando, Robledillo de Trujillo, Santa Ana de Trujillo (Ramón, 1942, 1950 y 1955; Almagro Basch, 1966), Zarza de Montánchez (Almagro Gorbea y Sánchez Abal, 1978) o Almoharín (Ongil Valentín, 1983), constituyentes de un grupo cuya personalidad está plenamente reconocida (Barceló, 1989: 191; Celestino Pérez, 1990: 54). En relación con el sector de la Sierra de San Pedro, se localizan los poblados del Morrón de Hatoqueo (Cáceres), con una altitud ligeramente superior a los 600 m. y una sobreelevación respecto el entorno de 200 m., y de la Sierra del Aljibe (Aliseda), de idénticas características altitudinales aunque de mayores dimensiones, que por su mayor interés centrará nuestra atención en el presente trabajo.

Anteriormente hemos aludido a las escasas elevaciones que emergen en el interior de la Penillanura como enclaves especialmente valorados de cara a la disposición del poblamiento. En este sentido, debemos mencionar algunos de los asentamientos erigidos en relación con las sierras de Santiago, Santo Domingo y La Mosca, en tramo centro-occidental de la Penillanura, frente a los de la zona oriental (con un poblado, tal vez, en La Cumbre) que parecen ser más escasos.

Hacia el occidente encontramos algunos yacimientos de interés. Uno de ellos es El Cofre (Valencia de Alcántara), que se configura como un poblado en alto, de perfil amesetado y una extensión no superior a 3 Ha. Se trata de un punto intermedio con gran valor estratégico entre los grandes balcones de la Sierra de Santiago y la Sierra de Los Talliscones-Sierra de San Pedro, que ejerce un importante papel en el control de la ruta natural que une el Alentejo con el corazón de la Penillanura. En superficie se aprecian abundantes estructuras escondidas entre la maleza, así como restos de murallas en el sector meridional. Entre la cultura material cerámica destacan las producciones a mano cuidadas, con perfi-

les del Bronce Final tales como cazuelas carenadas y vasos bicónicos, y toscas escobilladas, amén de producciones a torno realizadas en atmósferas oxidantes. Resulta interesante señalar que en este enclave aparecieron hace ya algunos años las estelas denominadas «de Valencia de Alcántara» (Diéguez, 1964; Almagro Basch, 1966). La Portilla (Santiago de Alcántara) es otro poblado en alto (591 m.) en plena Sierra de Santiago, que se vincula especialmente al control estratégico sobre las tierras peniaplanadas que se extienden al N y W. Mantiene además una relación visual con el poblado de El Cofre, junto al que controla el sector más occidental de la Penillanura. La orografía del lugar le confiere suficientes defensas naturales, a pesar de lo cual son evidentes algunos restos de murallas en el flanco sureste. Con una amplitud inferior a las 3 Ha., y sin presentar estructuras domésticas en superficie, posibles evidencias de su ocupación durante el Bronce Final, independientemente de algunos hallazgos metálicos, son escasos fragmentos cerámicos a mano, principalmente toscos, que se acompañan de producciones torneadas grises y oxidantes.

En la Sierra de Santo Domingo, merecen destacarse sobre todo los asentamientos del Cabezo de Araya y Santo Domingo (o Pasto Común), situados en alto en ambos casos, en torno a los 520 m. de altitud, y atentos al control del tramo de la Falla de Plasencia (Álvarez y Gil, 1988) que discurre a sus pies. En el primero de estos yacimientos no se ha documentado en superficie resto alguno de estructura defensiva ni doméstica; pero, aunque el material cerámico recuperado procede en parte de los abrigos abiertos en el batolito granítico, la ocupación eventual de los mismos no debe suponer la exclusión de otro tipo de estructuras. En Santo Domingo, junto a la documentación de la posible utilización de abrigos naturales cabe señalar además la existencia de una muralla, parcialmente conservada en las proximidades de la cima, que complementaría el sistema defensivo que de por sí suponen los impresionantes escarpes de las laderas del poblado, esbozando una superficie habitable que estimamos ligeramente inferior a 2 Ha. La cultura material procedente de estos enclaves resulta bastante inequívoca de cara a su adscripción al Bronce Final. Así, la cerámica, especialmente abundante en el Cabezo de Araya, y en su totalidad realizada a mano, engloba producciones cuidadas, principalmente consistentes en cuencos carenados de perfil más o menos acusado, similares a otros aparecidos en las regiones vecinas de Portugal (Vilaça, 1994), pero aquí a veces decorados al exterior con motivos geométricos elaborados mediante una técnica «pseudobruñida» enraizada en las tradiciones ornamentales del Bronce Pleno (Pavón Soldevila, 1995-a: 39); junto a otras de aspecto más tosco, entre las que sobresalen los recipientes de almacén, de incierto perfil en ocasiones, con frecuentes tratamientos superficiales escobillados y decoraciones ocasionales sobre el borde consistentes en simples motivos impresos. De las inmediaciones de estos yacimientos proceden sendos depósitos, o conjuntos de piezas de bronce aparentemente aisladas, de los que la bibliografía ya se ha ocupado. El del Cabezo de Araya, publicado originariamente por Almagro Basch (1961), es un amplio conjunto compuesto por una empuñadura de espada, dos puntas de lanza y seis fragmentos, tres puntas de flecha, cuatro regatones de lanza, botones, anillas y restos de una pulsera o brazalete de oro. Almagro Basch propuso para el conjunto una fecha entre el 650 y el 600 a.C., en función de su comparación tipológica con el hallazgo de la Ría de Huelva, que fechaba en el siglo VIII a.C. Más tarde se ha seguido admitiendo su relación con dicho horizonte, señalando incluso Almagro Gorbea que el foco originario de estos bronces parece poderse localizar en el occidente andaluz, pero la cronología que se le atribuye se ha elevado hasta el siglo IX a.C. Por su parte, las piezas de Santo Domingo (Martín Bravo, 1994: 252-253) son dos hachas planas de apéndices laterales partidas por la mitad y un fragmento de cincel ancho, que recientemente han sido objeto de estudio metalográfico a cargo de S. Rovira Llorens. En la Sierra de la Mosca apuntamos el poblado del Risco (Sierra de Fuentes), al que nos remitiremos inmediatamente.

Fuera de nuestro ámbito de estudio, aunque formando parte de su límite meridional, cabe destacar sendos yacimientos cacereños en La Navilla (Montánchez) y en la Sierra de San Cristóbal (Logrosán). Ambos presentan algunas características comunes, independientemente de su patrón de asentamiento, entre las que destacamos tanto su vinculación al control de zonas de paso hacia la CMG, como su constatada relación con la vigilancia y la explotación de los importantes yacimientos de estaño localizados en sus inmediaciones. El poblado de La Navilla, que ya ha sido referido por la bibliografía en alguna ocasión (González Cordero, 1985: 58-60; Celestino y otros, 1992: 313), presenta una extensión inferior a 2 Ha., disponiendo de una cima amesetada, rodeada por dos recintos de muralla particularmente evidentes en las laderas sur y oeste, en la que se intuyen restos de cabañas circulares. Los fragmentos cerámicos a mano recogidos en su-

perficie son testigos de una ocupación calcolítica y otra del Bronce Final caracterizada por cazuelas carenadas y ollas de aspecto cuidado y fragmentos toscos de vasos de almacén. Se asienta en una zona de vocación pastoril y forestal; pero se trata, sobre todo, de un enclave de enorme valor estratégico, al controlar no sólo los cercanos filones estanníferos de La Parrilla, sino también el curso alto del río Aljucén, conexión natural con el Guadiana, y parte de la Vía de la Plata. El Cerro de San Cristóbal de Logrosán, de 677 m. de altitud, se desarrolla a lo largo de una cumbre aquillada cuyos ejes miden 1 y 2,5 km., en donde acoge un gran yacimiento de casiterita explotado desde tiempos prehistóricos (sobre esta cuestión, consúltese lo expuesto por C. Merideth en este mismo volumen). Además es un lugar muy vinculado al Valle del Guadiana en las cercanías de Medellín por el aurífero río Ruecas. Conocida su ocupación prehistórica a raíz de las publicaciones de Sos Baynat (1961, 1967, 1968, y 1977), hasta nuestros días no se ha procedido a definir su naturaleza como poblado minero-metalúrgico. Abundantísimos restos cerámicos a mano, tanto cuidados como toscos, abogan por su desarrollo durante al menos el Bronce Final, independientemente de un poblamiento calcolítico previo. Restos líticos, entre los que hay abundantes martillos de minero y algún molde de fundición, bronces y puntuales restos de orfebrería completan el abundante repertorio de uno de los poblados sin duda más interesantes de la protohistoria extremeña (Merideth, 1996; Pavón Soldevila, 1995-c: 517-543), emplazado en una zona conocida por hallazgos tan emblemáticos como el Tesoro de Berzocana (Callejo y Blanco, 1960; Almagro Basch, 1969; y Almagro Gorbea, 1977: 22-23), fechado entre los siglos IX-VIII a.C., o las estelas decoradas de Solana de Cabañas (Roso de Luna, 1898) y Logrosán (Galán Domingo, 1993: 99 y 101).

En suma, la información vertida en estas páginas nos lleva a considerar la existencia de una ocupación bastante bien definida de un amplio sector del Tajo Medio, que denota un contrastado conocimiento del paisaje, de sus recursos, y posiblemente de la manera de explotarlos; y que invita, igualmente, a sopesar la posibilidad de algún tipo de gestión integrada en el marco de un proceso de territorialización en la zona desde el Bronce Final y buena parte del Orientalizante. Aun así, son aún muchos los interrogantes planteados, tanto desde el punto de vista cronológico o secuencial, como en lo que atañe a la definición estructural, cultural, y paleoeconómica de estos asentamientos.

3. LOS POBLADOS DEL RISCO DE SIERRA DE FUENTES Y LA SIERRA DEL ALJIBE DE ALISEDA (PROV. CÁCERES)

Para intentar responder a buena parte de las cuestiones aludidas en el epígrafe anterior contamos con una serie de informaciones obtenidas recientemente en algunos de los yacimientos que ya hemos mencionado: El Risco (Sierra de Fuentes) y la Sierra del Aljibe (Aliseda). Se trata en los dos casos de asentamientos en alto, ubicados tanto en una de las serranías que emergen del interior de la Penillanura (Sierra de la Mosca), como en una de las barreras que la limitan por el Sur (la Sierra de San Pedro), respectivamente. Excavados con carácter de urgencia en 1991-93 y 1995, algunos avances de los resultados obtenidos en dichas intervenciones han comenzado ya a conocerse en estos últimos años (Rodríguez Díaz, 1994: 113-114: Rodríguez y otros, 1995; Pavón Soldevila, 1995-c; Pavón y Rodríguez, e.p.; Enríquez y otros, e.p.) (Fig. 2).

En el poblado del Risco, que no se encuentra en relación directa con ningún componente importante de la red hídrica, coincidiendo con la orientación NW-SE de la cima de esta formación orográfica que es la Sierra de la Mosca, se dispone la zona habitable, que parece situarse por encima de los 625 m. de altitud. Con una superficie aproximada de 3,5 Ha., presenta una planta ligeramente fusiforme, estrecha y alargada, aunque irregularmente amesetada, parcialmente definida por sectores amurallados y desniveles topográficos que proporcionan al yacimiento un entramado defensivo mixto. En este sentido, conviene señalar que las zonas dotadas de una mayor pendiente, coincidentes con la vertiente oriental, no presentan en superficie estructura defensiva alguna, contrastando con la ladera occidental que, ligeramente menos empinada, dispone de tramos de murallas en alternancia con escarpes rocosos del terreno. Los restos hoy visibles de las estructuras defensivas presentan un heterogéneo estado de conservación, pero en todo caso resulta evidente la utilización de la roca local en seco para su construcción. Al interior del recinto que diseñan tanto las defensas naturales como las artificiales se disponen diversas mesetillas de variada extensión –los sectores A, B y C de la excavación– separadas por afloramientos rocosos, que ofrecen espacios útiles, y por ello apropiados, para un poblamiento disperso. No se descarta tampoco, en este sentido, el aprovechamiento de algunos abrigos, actualmente muy alterados, que se han detectado en algún sector concreto del yacimiento.

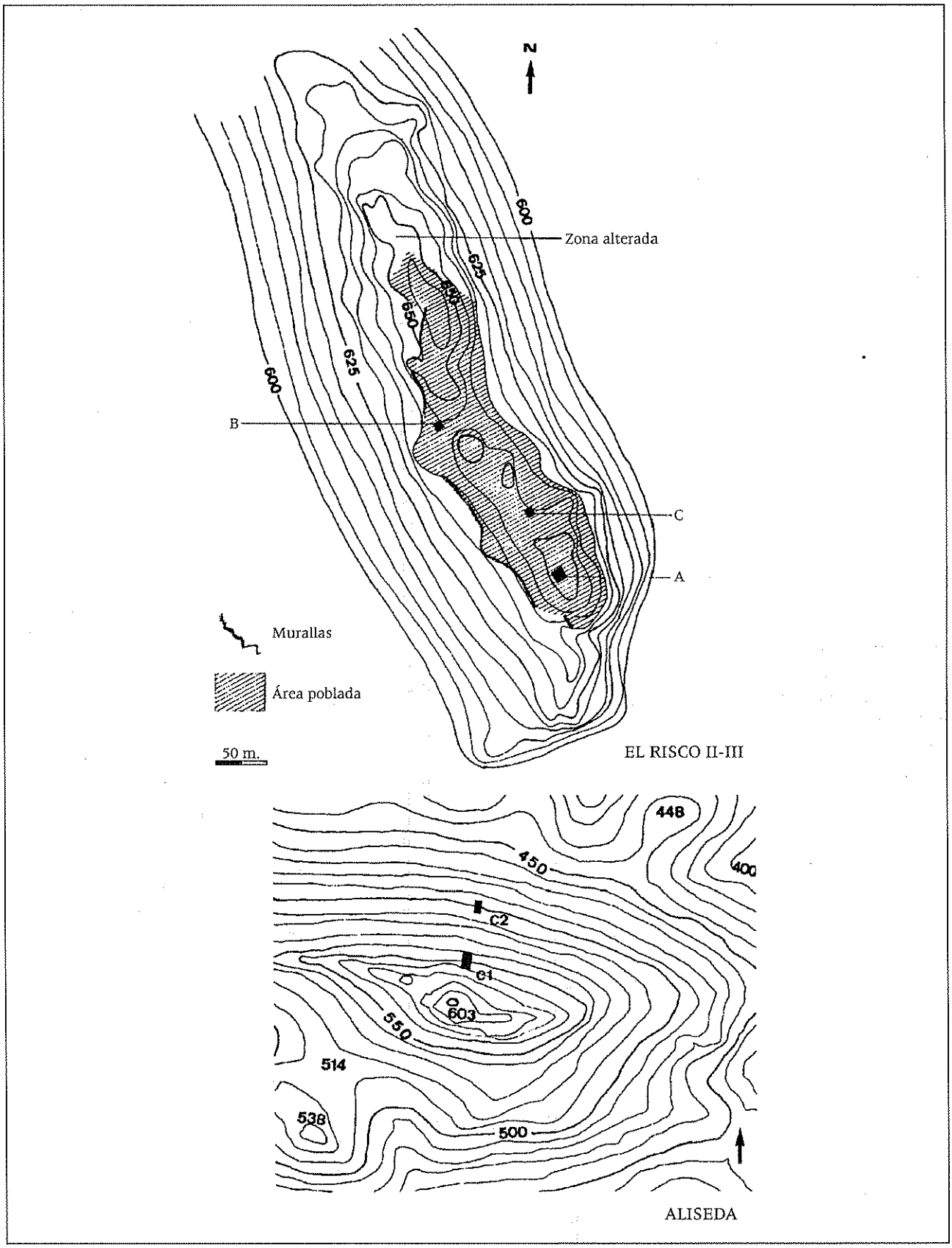

Figura 2.–Topografía de los asentamientos del Risco y la Sierra del Aljibe de Aliseda.

Dicha elevación, con una altitud máxima de 658,6 m. y con un desnivel medio superior a los 250 m. respecto a los llanos circundantes, permite desde su cima distinguir sin dificultades: hacia el NW, la extensa cuenca del Salor, que se extiende paralela a la Sierra de San Pedro en cuyo límite septentrional se asienta el poblado de la Sierra del Aljibe, en Aliseda; hacia el Norte, son visibles los relieves que bordean el propio Tajo; por el Este y hacia el Sur, el recorrido de las sierras de Guadalupe y Montánchez hasta la confluencia de esta última con la de San Pedro, a la altura del puerto de las Herrerías; en medio, la gran planicie «trujillano-cacereña» regada por la cuenca del Almonte; y en su zona más inmediata, el territorio circundante al yacimiento orientalizante del Torrejón de Abajo (García-Hoz, 1991). Globalmente, por lo tanto, el poblado del Risco dispone de unas excepcionales condiciones geoestratégicas que permiten definirlo como un enclave que ejerce su control directo sobre el corredor de comunicación N-S procedente de la zona de Montánchez; la incursión hacia el centro de la provincia de otro pasillo, procedente del NW, que comunica con el Alentejo siguiendo el trazado de la Sierra de San Pedro; la prolongación de dicha vía NW-SE hacia las Vegas Altas del Guadiana en las proximidades de Medellín, para lo cual es preciso atravesar más tarde el puerto de Valdemorales, propiciando una auténtica conexión de este vado del Guadiana con el del Tajo a la altura de Alconétar; y finalmente sobre la Penillanura que se extiende en dirección a Trujillo.

El poblado protohistórico de Aliseda, por su parte, se sitúa sobre una destacada elevación, la referida Sierra del Aljibe (en plena Sierra de San Pedro), con magníficas condiciones naturales de defensa, resultando claramente identificable por los crestones rocosos de su cima. Ésta, lejos de ser aplanada como sucede en la mayoría de los poblados en alto referidos anteriormente, resulta bastante irregular; circunstancia que, en cierta medida, justifica que el poblamiento se desarrollase por su ladera nordeste, de suave pendiente y en la que en superficie se distinguen al menos dos escarpes artificiales en los que se han planteado la excavación de los Cortes 1 y 2. Sin que por el momento pueda precisarse si dichos taludes del terreno se corresponden con recintos defensivos o simples bancales de aterrazamiento, al menos se vislumbra que debieron vertebrar la distribución de un hábitat de aproximadamente 4-5 Ha. El flanco suroeste de la Sierra del Aljibe es muy pronunciado y, por consiguiente, poco propicio para su ocupación. Interesante resulta señalar que la separación aproximada entre este núcleo poblacional y la necrópolis, en la que debió integrarse la posible tumba de cámara donde apareció el tesoro, ya completamente arrasada por el crecimiento del propio casco urbano de Aliseda, apenas supera el kilómetro en línea recta.

Desde su cima de 604 m. de altitud y unos 200 m. de desnivel respecto al terreno circundante, se domina un panorama tan amplio como contrastado: al Norte y al Este, se abre la vasta planicie «trujillano-cacereña», cuyas características geológicas y edafológicas propician un potencial particularmente denso en recursos agropastoriles (destacan importantes manchas de pastizal y de tierra de labor en explotación extensiva), y mineros (algunas mineralizaciones de hierro y fósforo próximas al poblado, las minas de plomo argentífero de El Carrascal, en Arroyo de la Luz y, sobre todo, el eje estannífero de Piedras Albas-Malpartida de Cáceres); al Oeste y al Sur, predomina el cerrado paisaje de la Sierra de San Pedro que con un enorme potencial cinegético y forestal, desde Alcuéscar (puerto de las Herrerías) hasta Valencia de Alcántara, conforma una referencia geográfica obligada en el transitar por el gran corredor que entre Tajo y Guadiana representa la Penillanura. En este sentido, destacar que el poblado de Aliseda controla de un modo explícito los puertos de los Terreros y de los Acehúches, así como el paraje denominado el Puertollano, en el que la Falla de Plasencia rompe de un modo más explícito la Sierra de San Pedro proporcionando una comunicación mejor en sentido N-S. Hacia el SW, el curso del río Zapatón permite igualmente el acceso al Valle del Guadiana, a la altura de Badajoz.

Anotadas las principales características geoestratégicas de ambos enclaves, necesario es anticipar que las excavaciones arqueológicas desarrolladas durante los últimos años han ofrecido informaciones de carácter estratigráfico, estructural, material, palinológico, antracológico, carpológico, faunístico, etc.; que permiten reconstruir, en cierta medida, los aspectos secuenciales, habitacionales, culturales y paleoeconómicos de los grupos humanos que los habitaron; siendo susceptibles de extrapolarse, tal vez, a buena parte de los poblados ya mencionados del Tajo Medio. En suma, se contribuye de este modo a esbozar un panorama referencial del asentamiento humano en la primera mitad del I milenio a.C. en la Penillanura... y a aportar un estudio individualizado –en una zona muy concreta– a partir del cual reflexionar sobre el poblamiento protohistórico del occidente peninsular en el marco del debate apuntado al comienzo de este trabajo.

En función de las excavaciones realizadas, la secuencia ocupacional del Risco es susceptible de articularse en tres fases: una primera de época calcolítica (Risco I); una segunda, tras un probable abandono del sitio, del Bronce Final (Risco II); y, por último, una tercera adscribible globalmente al Orientalizante, si bien ésta podría desglosarse en función de criterios estadístico-tipológicos y estratigráficos en dos subfases reconocidas como Risco IIIA y IIIB (Enríquez y otros, e.p.). Por su parte, en la Sierra del Aljibe de Aliseda (Fig. 3), hemos constatado un primer asentamiento del Bronce Final (Aliseda I); al que sigue una ocupación que puede considerarse como Orientalizante Pleno-Reciente (Aliseda II); otra reconocible como Orientalizante Tardío (Aliseda III); y un último momento, tras un *hiatus* poblacional durante el Hierro II, adscribible ya a época tardo-republicana (Aliseda IV). En atención al problema que nos ocupa nos centraremos en esta ocasión en los horizontes correspondientes a la primera mitad del I milenio a.C.

3.1. El Bronce Final Reciente u Orientalizante Antiguo

Se incluyen en este horizonte los contextos «Risco II» (Nivel IB del Sector A; y Nivel II del Sector B) y «Aliseda I» (tal vez los Niveles VI-V-IV de la Zona D del Corte 1; y el Nivel IV del Corte 2). En ambos yacimientos parece registrarse la inauguración del hábitat protohistórico, en uno de los casos tras una eventual ocupación calcolítica.

En modo alguno puede decirse que tengamos una imagen totalmente nítida de este horizonte ocupacional, si bien es cierto que tampoco esto supone una novedad a nivel regional (Celestino y otros, 1992: 314). Aun así, las características habitacionales de este tipo de enclaves comienzan ya a esbozarse, pues no sólo resultaría posible vincular a este momento la erección de algunas de las murallas constatadas (concretamente en el Nivel IV del Corte 2 de Aliseda hemos relacionado una enorme concentración de piedras con los restos arrasados de una potente construcción, tal vez una muralla), sino también el desarrollo de ocupaciones, en algunos casos, de gran extensión (así parecen apuntarlo las 4 o 5 Ha. de superficie probablemente ocupadas en Aliseda desde la génesis misma del poblado). Más allá de ello, se debe señalar que las estructuras habitacionales de estos primeros momentos apenas nos han quedado fosilizadas en el «nivel de ocupación» documentado en el Sector A y en el «fondo de cabaña» del sector B del Risco. Como «nivel de ocupación» se ha considerado un piso o pavimento, probablemente endurecido por la acción directa del fuego, que, por el grado de arrasamiento del poblado, no ha podido relacionarse, o integrarse, con ninguna estructura. Aun así, denota una evidente preocupación por la preparación previa de un espacio sobre el que debió desarrollarse una actividad prolongada. Por su parte, el Nivel II del Sector B del Risco apareció contenido en un posible «fondo de cabaña» semisubterráneo de planta estrangulada (2,50 m. por 1,40-2 m.) y orientación prácticamente E-W; en el que, sin embargo, no se registraron restos de hogar u otros elementos que permitieran certificar su funcionalidad (Fig. 4). El alzado y la cubrición de esta subestructura debió elaborarse originariamente a partir de barro y ramajes u otros materiales igualmente perecederos. Se trata de una subestructura que nos pone en relación con un tipo de vivienda de raíces prehistóricas en cuyo interior apareció amortizado un servicio cerámico configurado básicamente por cuencos carenados, vasijas cerradas de tamaño medio y algunos recipientes de almacén, así como un afilador o molde de piedra y dos dientes de hoz; elementos todos ellos que subrayan el carácter doméstico de este conjunto cerrado.

Ambos casos nos ponen en relación con ámbitos domésticos, aunque resulta prácticamente imposible con los datos existentes precisar esferas de actividad concretas más allá de lo apuntado. Atendiendo a otras lecturas, debemos recordar a propósito de los «niveles y suelos de ocupación» que, aunque deficientemente conservados y con soluciones técnicas diversas, dichos pavimentos, junto a los pisos y empedrados, aparecen bien documentados durante los siglos XII/XI-IX a.C., en contextos propios de poblados del Bronce Atlántico cuya topografía y organización interna presentan notables semejanzas con El Risco (Vilaça, 1994: 267-268). Los denominados «fondos de cabañas» son, por otra parte, uno de los elementos estructurales más característicos del Bronce Final peninsular, si bien su origen se remonta a finales del Neolítico (González Prats, 1990: 35-36). Atendiendo al análisis cultural de este tipo de vivienda, especial interés reviste para el caso que nos ocupa la constatación de dichos «fondos» en la Meseta, el Suroeste y Portugal.

A pesar de documentarse hallazgos en épocas anteriores, este tipo de subestructuras se inscribe, principalmente, en las fases plena y final del horizonte Cogotas I (1300-750 a.C.) (Fernández Posse, 1986; Delibes y Fernández, 1986-87). En este contexto cultural, resulta frecuente tanto en hábitats en llano vallisoletanos (Delibes de Castro, 1978),

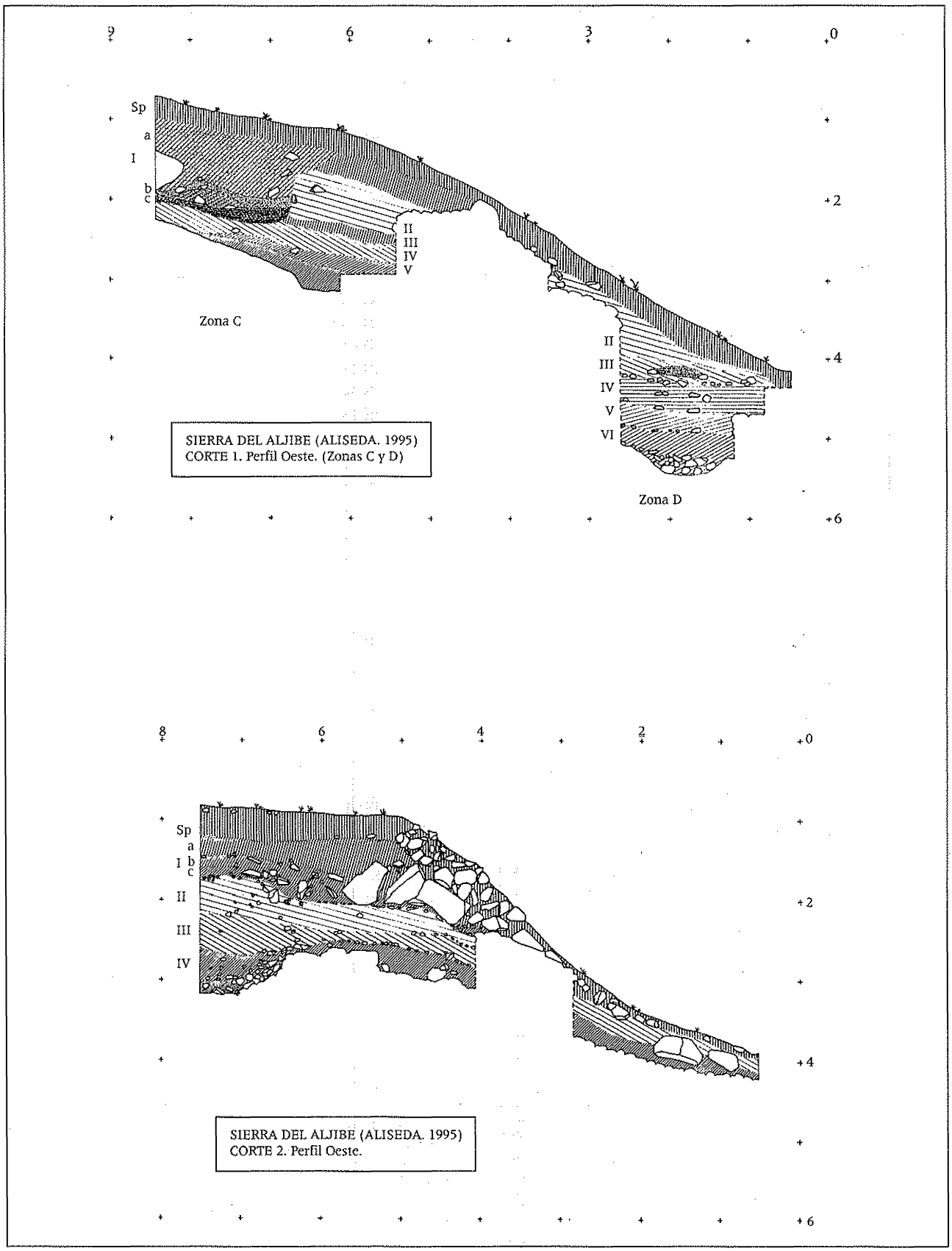

Figura 3.–Perfiles estratigráficos de los cortes 1 (A y 2 (B) de la Sierra del Aljibe de Aliseda.

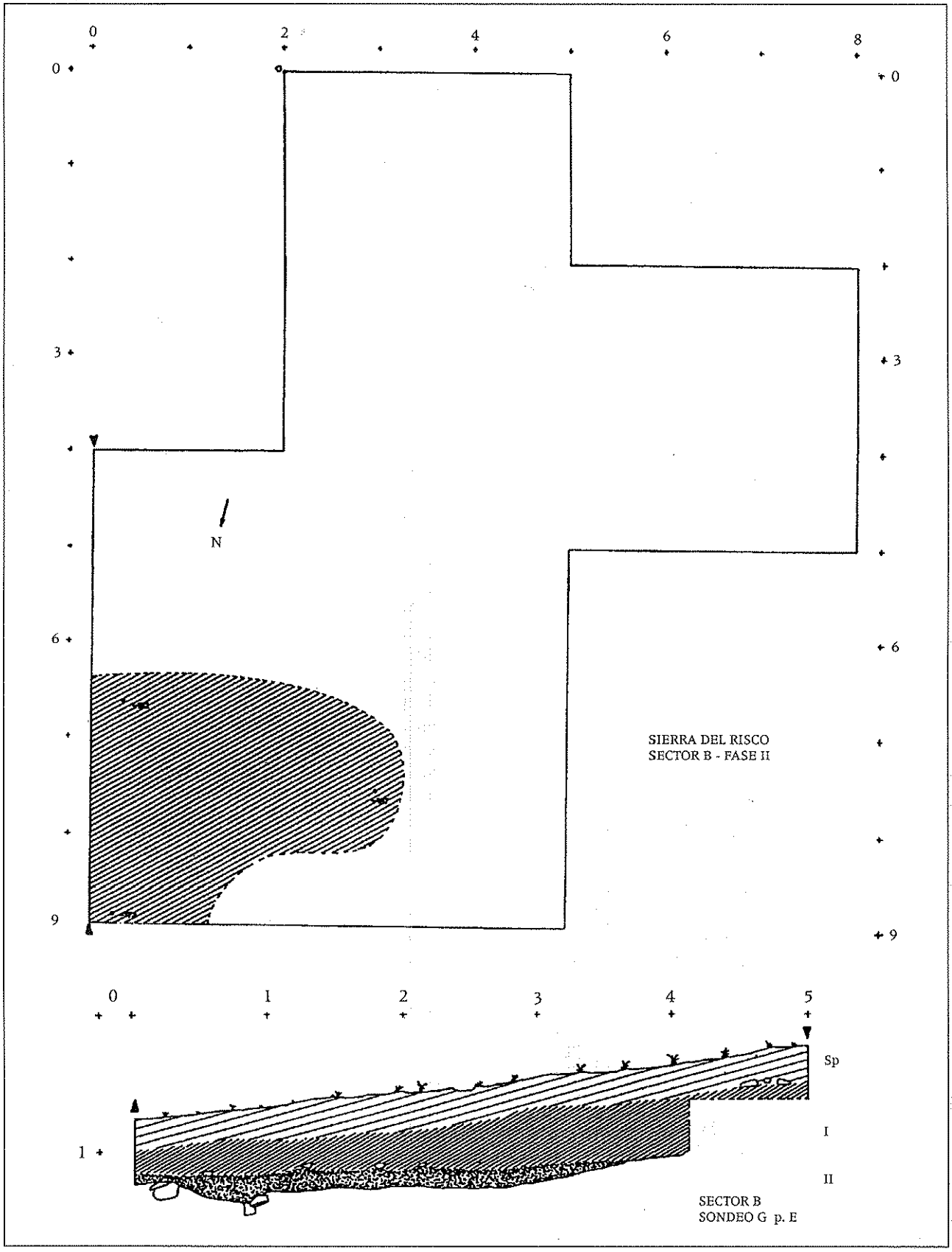

Figura 4.–Fondo de cabaña en el Nivel II del Sector B del Risco (Bronce Final Reciente-Orientalizante Antiguo).

zamoranos (Martín y Delibes, 1979), burgaleses (Delibes y otros, 1985) o madrileños (Blasco Bosqued, 1983, 1984, 1987 y 1992; Martínez Navarrete, 1979; Martínez y Méndez, 1983; Méndez y Gálvez, 1984; Méndez Madariaga, 1982), de clara vocación agrícola, como en poblados castreños de economía preferentemente pastoril y más afines con la localización del Risco (Cabré Aguiló, 1930; Maluquer, 1958 a-b; Blasco Bosqued, 1992; Almagro y Fernández, 1980; etc.). Sin embargo, las cerámicas incisas, boquiques y excisas, que confieren cierta unidad a las manifestaciones meseteñas, están ausentes en El Risco (salvo alguna excepción poco significativa y fuera de contexto); lo cual puede interpretarse tanto un signo de disociación cultural, como una referencia *post quem* de la ocupación del yacimiento cacereño.

En el Suroeste, y claramente enraizadas en el Bronce Final Tartésico (900-750 a.C.), también se encuentran ampliamente documentadas las viviendas semisubterráneas. Sin olvidar tampoco que en esta zona su origen se remonta a época prehistórica, así lo confirman los conocidos restos de San Bartolomé de Almonte (Ruiz Mata, 1981; Ruiz y Fernández, 1986), Chinflón (Pellicer y Hurtado, 1980), el Carambolo Alto (Carriazo, 1973: 206), Mesas de Asta (Esteve Guerrero, 1945 y 1969; Balil, 1972) o la propia Huelva (Fernández Jurado, 1988-89). Dichos espacios forman parte indistintamente de poblados abiertos o situados sobre suaves promontorios que en su conjunto responden al nuevo panorama poblacional cuyos fundamentos económicos son las actividades minero-metalúrgicas y agropecuarias. Fuera del ámbito nuclear tartésico pero en contextos crono-culturales próximos o ligeramente más evolucionados, construcciones de este tipo se documentan en la Baja Extremadura (Enríquez y Rodríguez, 1988), Andalucía Oriental (Jabaloy y otros, 1983) y Levante (González Prats, 1983 y 1990).

En el centro y sur de Portugal, restos de viviendas como los que nos ocupan resultan prácticamente desconocidos debido al deficiente grado de conservación que ofrecen estos poblados del Bronce Final Atlántico (1200-750 a.C.) (Pinto y Parreira, 1978; Kalb, 1980; Silva y otros, 1985; Silva y Gomes, 1992). Aun así, lícito es reconocer que algunas concentraciones de materia orgánica e incluso determinadas irregularidades del subsuelo de estos núcleos muy bien pudieran corresponderse con subestructuras, cuyos precedentes más remotos se situarían en Pavía, Liceia (Arribas, 1959: 109) o Evora (Gonçalves, 1990-91). En este mismo sentido, cabría interpretar las viviendas construidas con materiales perecederos y las estructuras de combustión y fosas utilizadas como vertederos, documentadas últimamente en el área costera de Sines (Pontes de Marchil y Cerradinha) (Silva y Gomes, 1992: 110).

Pero, sin lugar a dudas, el material cerámico asociado a este horizonte es el que mejor permite un acercamiento a la valoración cultural del mismo (Figs. 5 y 6). En este sentido, tanto en El Risco como en Aliseda, se constata el predominio absoluto de las producciones a mano, entre las que ocupan un papel destacado los recipientes carenados: cuencos y cazuelas. Los primeros, que en el fondo entroncan con las tradiciones tecnológicas y decorativas del Bronce del Suroeste (Schubart, 1975), encuentran su mejor representación en una amplia serie de poblados portugueses vinculados al Bronce Final Atlántico, cuyas cronologías calibradas retrotraen estas piezas a los siglos XII/XI-IX a.C. (Vilaça, 1994: 376). Más allá de este hecho, incluso, resulta llamativa la gran similitud conceptual y morfológica que estos vasos presentan desde esa zona del Norte-Centro de Portugal hasta el Sudeste español (Molina, 1978; González Prats, 1990: 264-271), circunstancia que ya en alguna ocasión nos ha llevado a plantear la participación de diversas regiones en una especie de «estilo interregional» en el tendrían cabida, lógicamente, ciertos particularismos locales (Pavón Soldevila, 1995-a: 51; 1995-c: 902). Algo parecido, tal vez, pueda intuirse entre las producciones menos cuidadas, y más concretamente entre las cerámicas «cepilladas» o «escobilladas» –puesto que su simple presencia confirma la integración en un sistema de relaciones interregionales que afecta a la mayor parte del territorio peninsular durante esta etapa–, aunque sus altos porcentajes podrían invitar a pensar que dicho tratamiento pudiera configurarse como una de las especialidades tecnológicas de las poblaciones del Tajo Medio (Enríquez y otros, e.p.). Pero junto a dichos recipientes se encuentran ya en los niveles fundacionales del Risco y, particularmente, Aliseda las cazuelas de «tipología tartésica» que, con o sin decoración bruñida al interior, argumentan tempranos contactos con Andalucía Occidental. Perfiles «arcaizantes» y «evolucionados» (Ruiz Mata, 1995) comparten espacio en un contexto tecnocultural que presenta enormes dificultades para su fechación precisa. A falta de dataciones absolutas, la cronología que –en función sobre todo de los elementos morfológicamente más evolucionados y de las propias secuencias ocupacionales superpuestas sin solución de continuidad sobre estos horizontes fundacionales en ambos poblados– venimos barajando para estos contextos del final de la Edad del Bronce en el Tajo Medio podría situarse entre co-

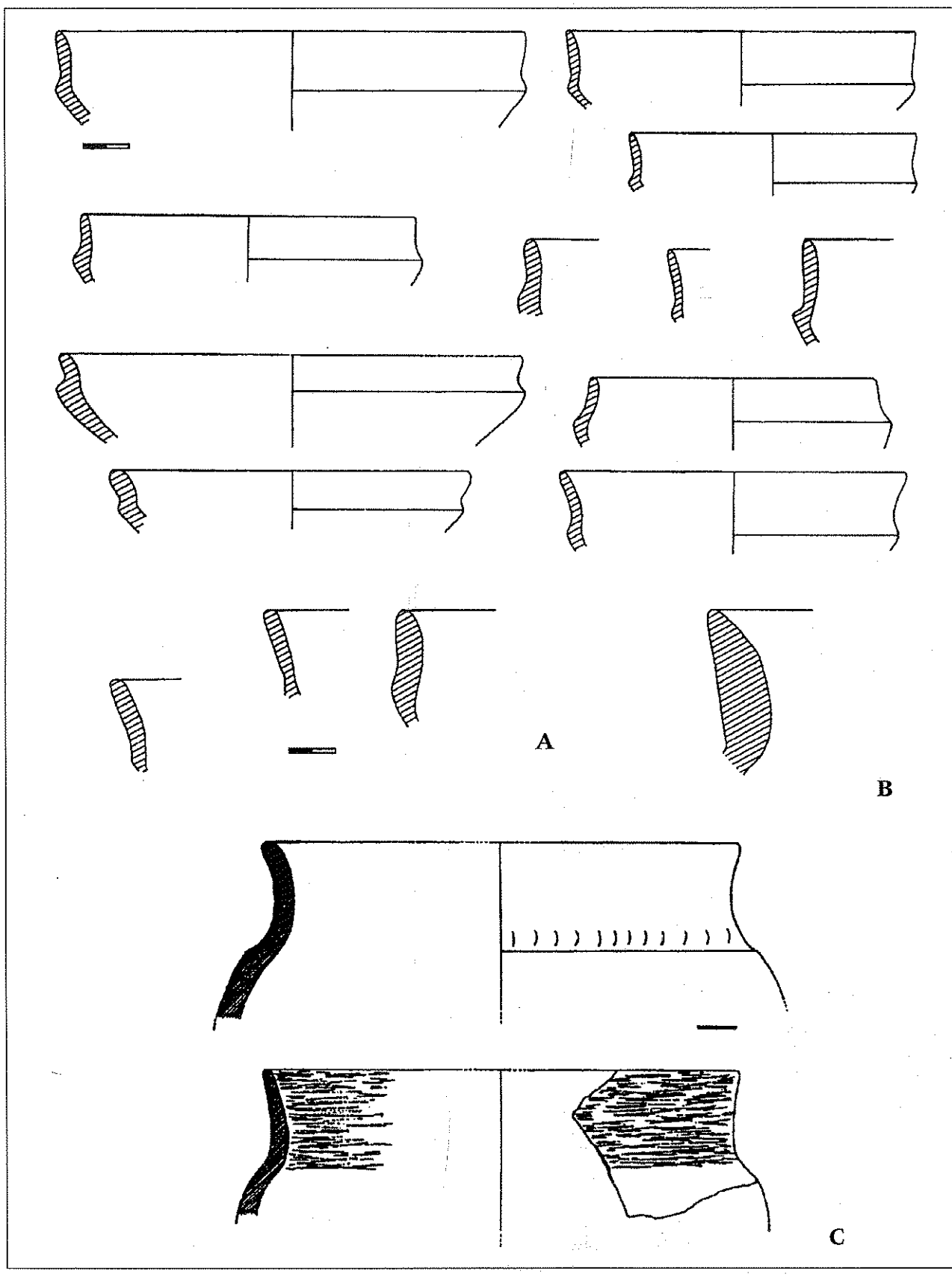

Figura 5.–Vasos cerámicos a mano cuidados (A), semicuidados (B) y toscos (C) del Risco II (Bronce Final Reciente-Orientalizante Antiguo).

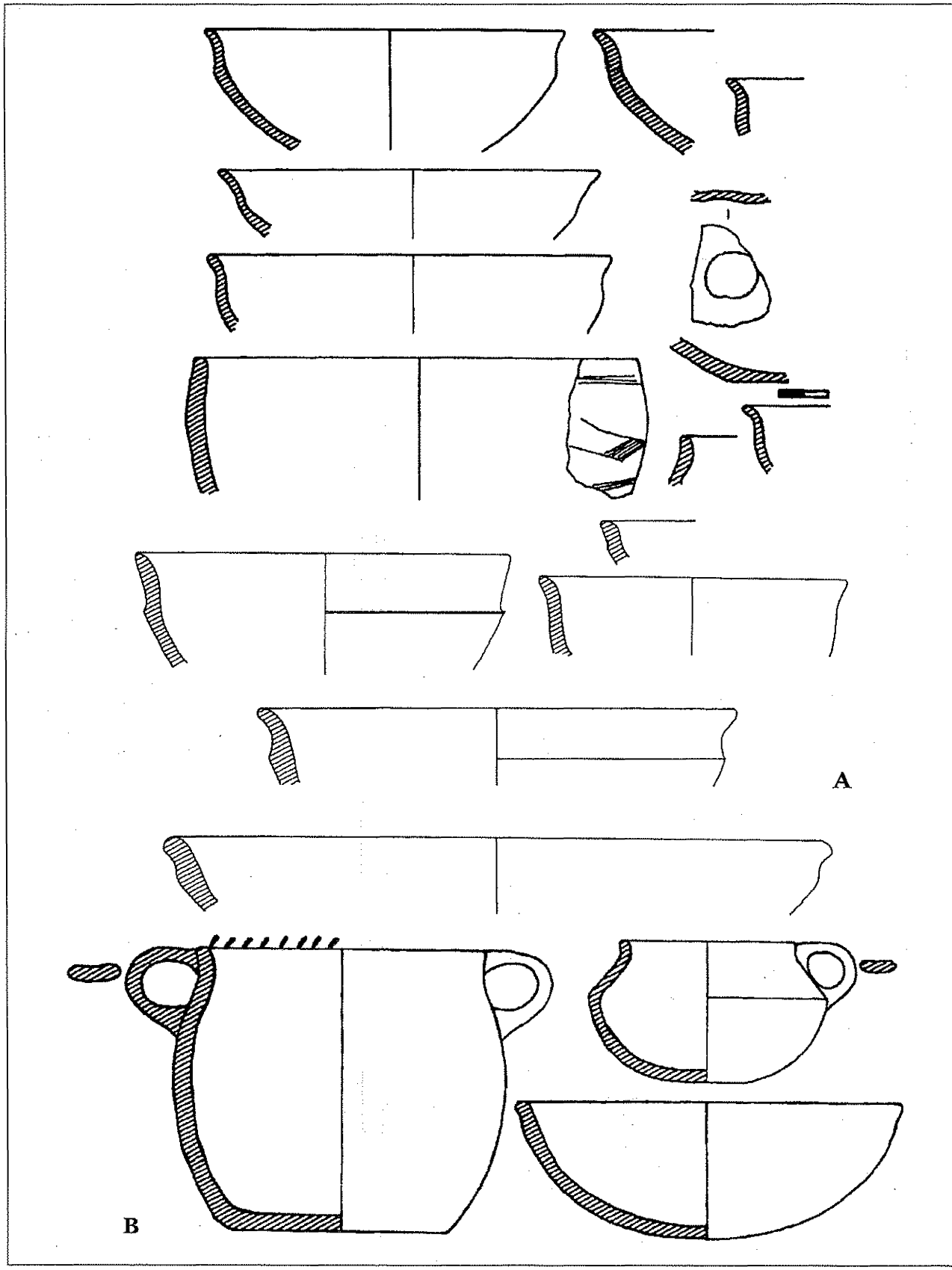

Figura 6.–Vasos cerámicos a mano cuidados (A) y semicuidados (B) de Aliseda I (Bronce Final Reciente-Orientalizante Antiguo).

mienzos del siglo VIII y pleno siglo VII a.C.; una banda cronológica que en su inicio podría remontarse aún más, si consideramos tanto el predominio de los cuencos sobre las cazuelas, como el ya referido arcaísmo de los contextos portugueses (Vilaça, 1994). En la región extremeña, como es bien conocido, dicho segmento crono-cultural sigue formando parte de los reconocidos «siglos de oscuridad» y, por el momento, el obligado y más próximo referente para los hallazgos de la «Penillanura Cacereña» sigue siendo la fase I de Medellín, fechada recientemente entre el 800 y el 650 a.C. (sin calibrar). Como es sabido, en este enclave –exponente singular de la CMG– este período se reconoce ya como «Orientalizante Antiguo» y tiene en las cerámicas con decoración bruñida y pintada propias del Guadalquivir los rasgos tecnológicos más destacados. Todo parece indicar, como apuntan sus propios excavadores, que Medellín debió desempeñar desde estas fechas tempranas del Bronce Final-Orientalizante un destacado papel intermediario en las relaciones socioeconómicas entre Andalucía Occidental y La Meseta. Sin embargo, los resultados obtenidos en el marco del presente Proyecto invitan a vindicar el destacado papel que el estaño altoextremeño debió jugar en tales relaciones *(vid. infra)*.

3.2. El Orientalizante Pleno-Reciente

Este horizonte viene definido por los contextos Risco IIIA (Niveles Superficial y IA del Sector A y Niveles Superficial y I del Sector C) y Aliseda II (Niveles V-IV-III de las zonas A, B y C del Corte 1; y tal vez, puesto que se encuentran muy afectados por la ocupación tardo-republicana, los Niveles II y III del Corte 2).

En el primero de dichos yacimientos, El Risco, se constata en los sectores A y C la existencia de un mismo tipo de vivienda de planta redondeada, delimitada por lastras verticales hincadas, y cubierta por un entramado de barro y ramajes sostenido con postes de madera. En el Nivel IA del Sector A se documentaron los restos, muy arrasados, de al menos dos grandes cabañas de planta oval, definidas mediante una única línea de piedras hincadas de tamaño desigual, entre las que se apreciaron algunos molinos de granito reaprovechados. A pesar de su mala conservación y de la imposibilidad de conocer su trazado completo y dimensiones –su diámetro podría rondar los 7 m.–, parece clara su identificación con estructuras de hábitats o almacén, aunque en esta ocasión no se registraron tampoco acuñamientos de poste definidos, niveles de suelo, hogares, bancos o divisiones internas que ayudaran a una mejor comprensión de dichos espacios. Los restos constructivos aparecidos en el Nivel I del Sector C se corresponden con parte de una cabaña de planta circular u oval delimitada por una hilada de piedras hincadas. El sector conservado aquí reproduce, sin embargo, un casi perfecto semicírculo que toma como centro un acuñamiento de poste configurado por diversas lajas que aún mantiene su posición vertical. La distancia media entre este punto y las piedras que definen el perímetro de la cabaña es de 2 m. Como en el caso anterior, no se detectaron niveles de suelo suficientemente definidos, enlucidos o restos muebles que permitan reconstruir algún tipo de actividad desarrollada en este espacio (Fig. 7).

Sus primeros paralelos, necesariamente, hemos de encontrarlos entre los descubrimientos extremeños de Valcorchero y, quizá, Sagrajas (Almagro Gorbea, 1977: 106), si bien su estudio a nivel peninsular permite situar estas construcciones en contextos más precisos y definidos que los «fondos de cabaña». De este modo, y dejando a un lado el problema de las viviendas circulares de zonas tan alejadas como el Nordeste o el Alto Ebro, apuntemos a grandes rasgos las similitudes existentes entre el Tajo Medio, la Meseta, la fachada atlántica y el Sur peninsular.

Con marcadas divergencias técnicas y culturales respecto al área que estudiamos, en el Valle Medio del Duero se constatan las viviendas circulares de adobe, con hogar y banco corrido interior inscritas en el horizonte Soto I (800-650 a.C.) (Palol y Wattenberg, 1974; Delibes y Romero, 1992). Pero además, en la Meseta Norte, y dentro de esta fase inicial de la Edad del Hierro, se constatan también cabañas circulares realizadas con un simple entramado de ramas y manteado de barro, cuyas conexiones con el Alto Ebro parecen claras (Sacristán de Lama, 1986: 58-59; García y Urteaga, 1985; Uribarri y otros, 1987). Por otro lado, en la Meseta Sur, y a pesar de constatarse un marco globalmente arcaizante a nivel de estructuras, se constatan en menor proporción los silos y «fondos» típicos de la fase anterior, si bien las viviendas documentadas en algunos poblados continúan siendo semisubterráneas, de tendencia alargada y cubiertas vegetales sostenidas por un entramado de postes y vigas de madera (Almagro y Dávila, 1989; Blasco y otros, 1991: 26).

Las referencias al Suroeste peninsular se enfrentan de nuevo con las deficiencias de registro que caracterizaban los poblados, cada vez más numerosos e incluidos en una jerarquizada estrategia terri-

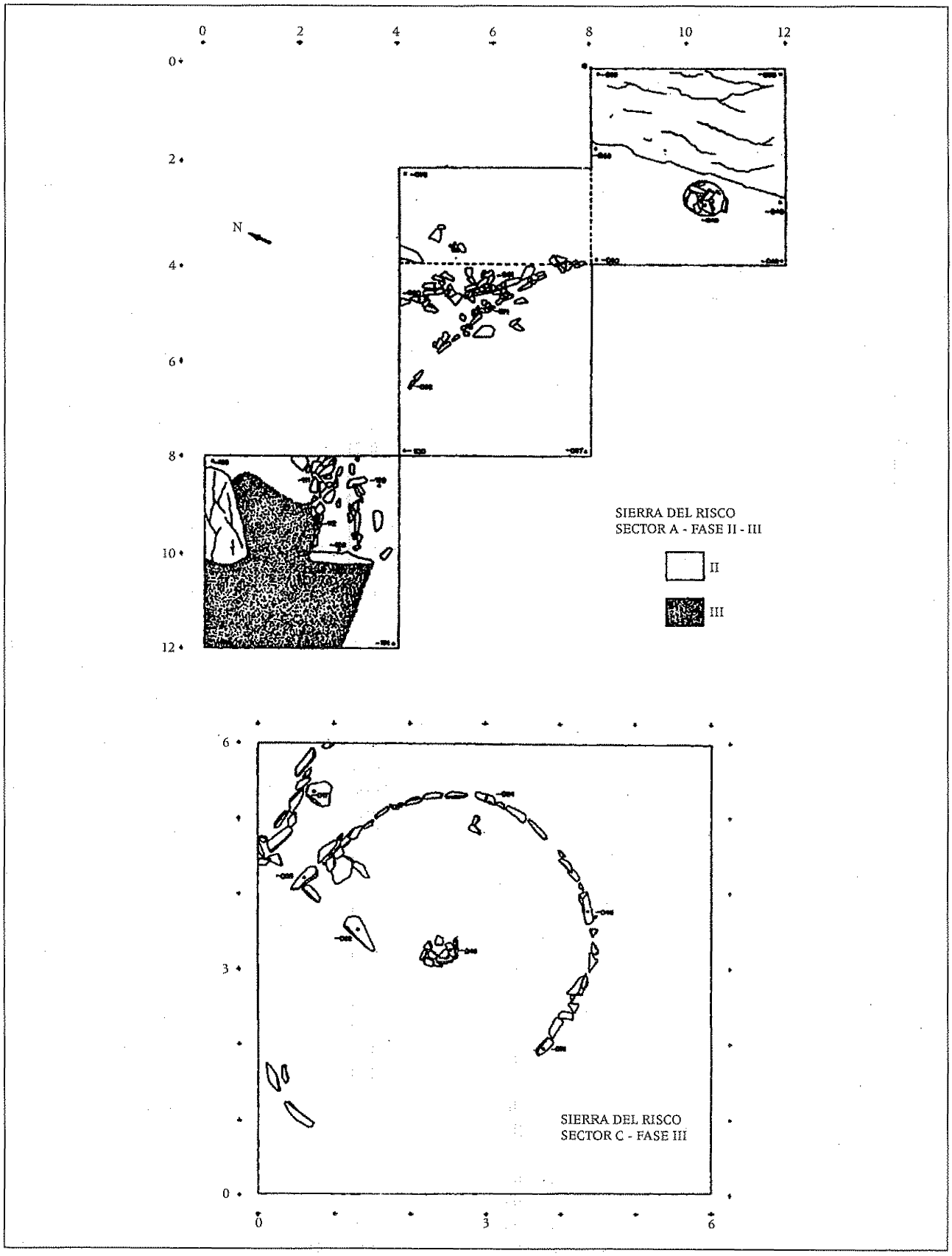

Figura 7.–Cabañas con plantas de tendencia circular de los sectores A y C del Risco (Orientalizante Pleno-Reciente).

torial, del Bronce Final portugués. Conocemos diferentes posibles evidencias en Corôa do Frade, Neves II, Sabugal, Alegrios, etc., que –haciendo extensible un comentario de R. Vilaça (1994: 609-610)– se inscriben en el tipo de vivienda propio del Bronce Final-Hierro I en la mayor parte de la fachada atlántica. A pesar de la escasez relativa de testimonios, todo parece indicar que se trata de construcciones bien documentadas desde comienzos del Bronce Final, pero que en su conjunto ofrecen claros signos de discontinuidad respecto a la tradición arquitectónica del Bronce Pleno de esta zona (Silva y Gomes, 1992: 110).

Finalmente, la constatación de viviendas redondeadas con zócalo de piedras en el ámbito tartésico durante la transición al Orientalizante cada vez cuenta con un mayor número de ejemplos, aunque con sus propias peculiaridades. De esta forma a los primeros testimonios de cabañas ovales del siglo VIII a.C., del estrato 14 de los Quemados (Luzón y Ruiz, 1973), paulatinamente se han ido sumado otros hallazgos repartidos por toda su geografía. En el sector occidental, destacamos algunos ejemplos de Montemolín (Chaves y De la Bandera, 1987), Acinipo (Aguayo y otros, 1987) y, posiblemente, los niveles inferiores del Cerro Macareno (Pellicer y otros, 1983: 57). Sin embargo, mejor conocido resulta este tipo de cabaña en Andalucía Oriental, con evidencias en Granada (Galera, Cerro de los Infantes de Pinos Puente, Cerro de La Encina, Moraleda de Zafayona), Jaén (Cabezuelos) y Almería (Peñón de la Reina de Alboloduy), que se sitúan prioritariamente entre los siglos IX y VIII a.C. Pero, como sucediera en el caso de los «fondos», la lista de paralelos de estas cabañas de lastras verticales se prolonga hasta los momentos iniciales del Hierro Antiguo (675 a.C.) de la Sierra de Crevillente (González Prats, 1990: 40).

Se trata de un tipo de vivienda que, a pesar de tener claros antecedentes en la región extremeña durante el Calcolítico y el Bronce Pleno (González Cordero y otros, 1991: 15; Pavón Soldevila, 1995-b: 85; 1995-c: 735), introduce en la mayor parte del territorio peninsular un elemento de discontinuidad respecto a los modelos arquitectónicos dominantes durante el II milenio a.C.; circunstancia ésta que algunos investigadores tienden a vincular a la consolidación de un substrato de carácter indoeuropeo en la fachada atlántica y en la Meseta (Almagro Gorbea, 1992: 8; Silva y Gomes, 1992: 110). Al margen de dicha polémica, merece destacarse que nos encontramos con un prototipo que refleja la continuidad, en este lugar concreto, de una concepción de la vida doméstica poco compleja, en función de la ausencia de divisiones sólidas en su interior. Estas construcciones parecen ser el reflejo de sociedades articuladas en unidades familiares con una concepción del espacio doméstico en apariencia poco compleja. Independientemente de certificarnos una utilización prolongada, parece evidente que este tipo de vivienda está íntimamente ligado a unos esquemas de producción y a unos comportamientos socioculturales muy arraigados en las tradiciones del Bronce Final que paulatinamente fueron renovándose a partir del contacto con poblaciones mediterráneas. Por el momento, la constatación de cabañas de planta oval en momentos «orientalizantes» del Risco aboga por la posible persistencia de este tipo de vivienda, de tradición prehistórica, hasta una fase imprecisamente avanzada, al menos en algunos poblados, de la protohistoria del Tajo Medio.

En Aliseda, los elementos constructivos pertenecientes a este horizonte se constatan en los Niveles III-IV-V del Corte 1. Concretamente, a lo largo de los Niveles IV-V de las zonas A-B-C se apreció una concentración de piedras, muy desigual, que presumiblemente perteneciera a un bancal de aterrazamiento o a una muralla totalmente arrasada y explanada, circunstancia ésta que impide llevar a cabo cualquier tipo de valoración ulterior. Los únicos elementos de arquitectura doméstica se constataron en el Nivel III de la zona D: un hogar circular, de casi 1 m. de diámetro, constituido por un lecho cerámico y una capa de barro que, debido a la acción del fuego, presentaba un tono rojizo. Este hogar apareció sobre un pavimento de tierra apisonada asentado sobre una capa de piedra menuda bastante uniforme. El arrasaniento favorecido por la fuerte pendiente de la zona ha impedido que podamos conocer las características constructivas de la vivienda en que debieron integrarse hogar y pavimento. La ampliación de la excavación hacia el sector de mayor potencia estratigráfica tan sólo permitió constatar la ausencia de estructuras sólidas y la presencia, por contra, de una pequeña serie de lastras hincadas, que, dado su pésimo estado de conservación, resulta del todo prematuro equipararla con los hallazgos del Risco.

Las tradiciones tecnológicas cerámicas, a grandes rasgos coincidentes en ambos yacimientos, invitan a considerarlos, por otra parte, en la misma órbita cultural (Figs. 8 y 9). El repertorio cerámico asociado a la subfase IIIA del Risco es mayoritariamente a mano (sobre un 75%), aunque matizado ya por un conjunto cerámico torneado de porcentajes oscilantes (según sectores, entre el 13 y el 37%). Aparte del

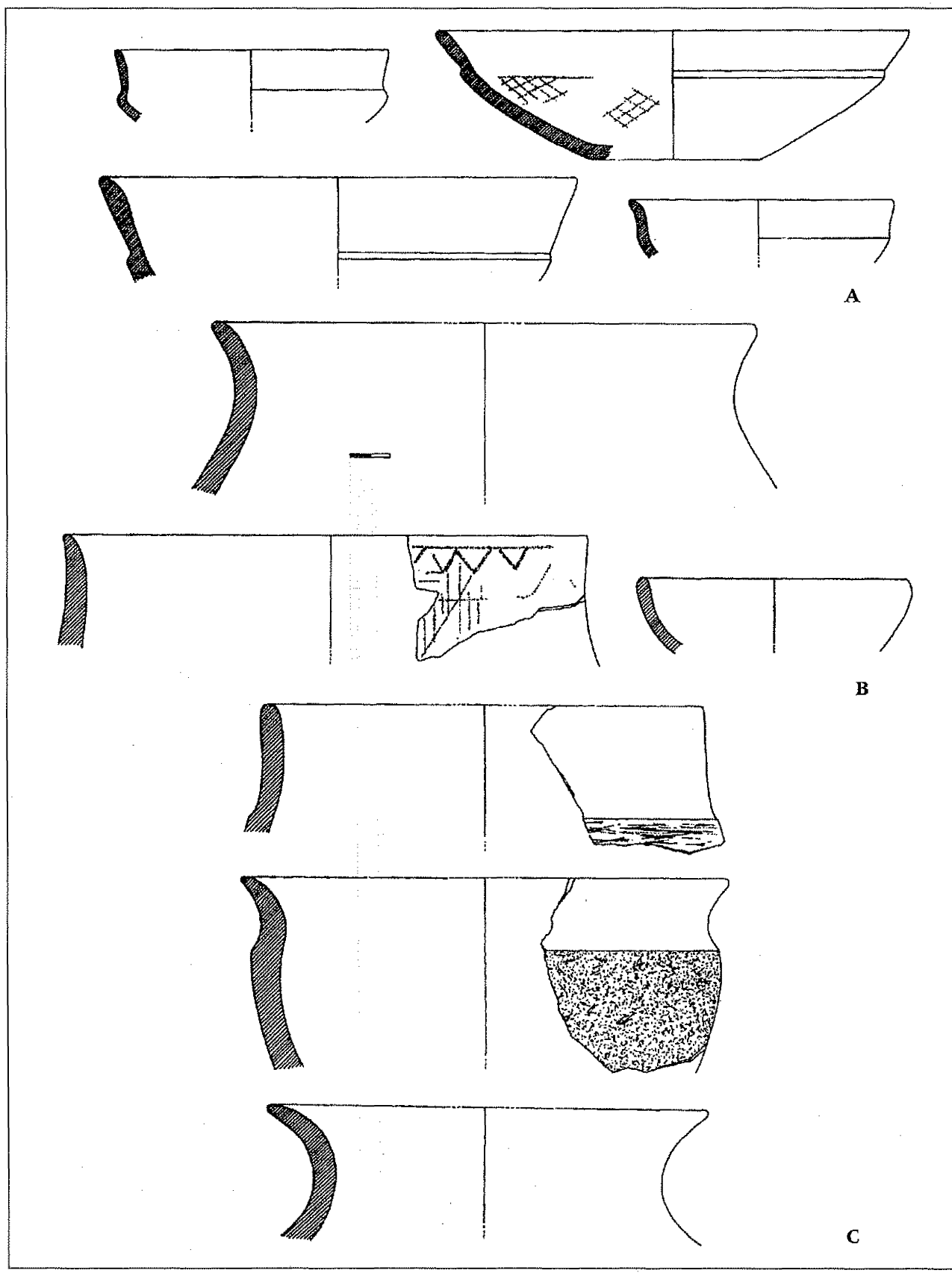

Figura 8.–Vasos cerámicos a mano cuidados (A), semicuidados (B) y toscos (C) del Risco III (Orientalizante Pleno-Reciente y Tardío).

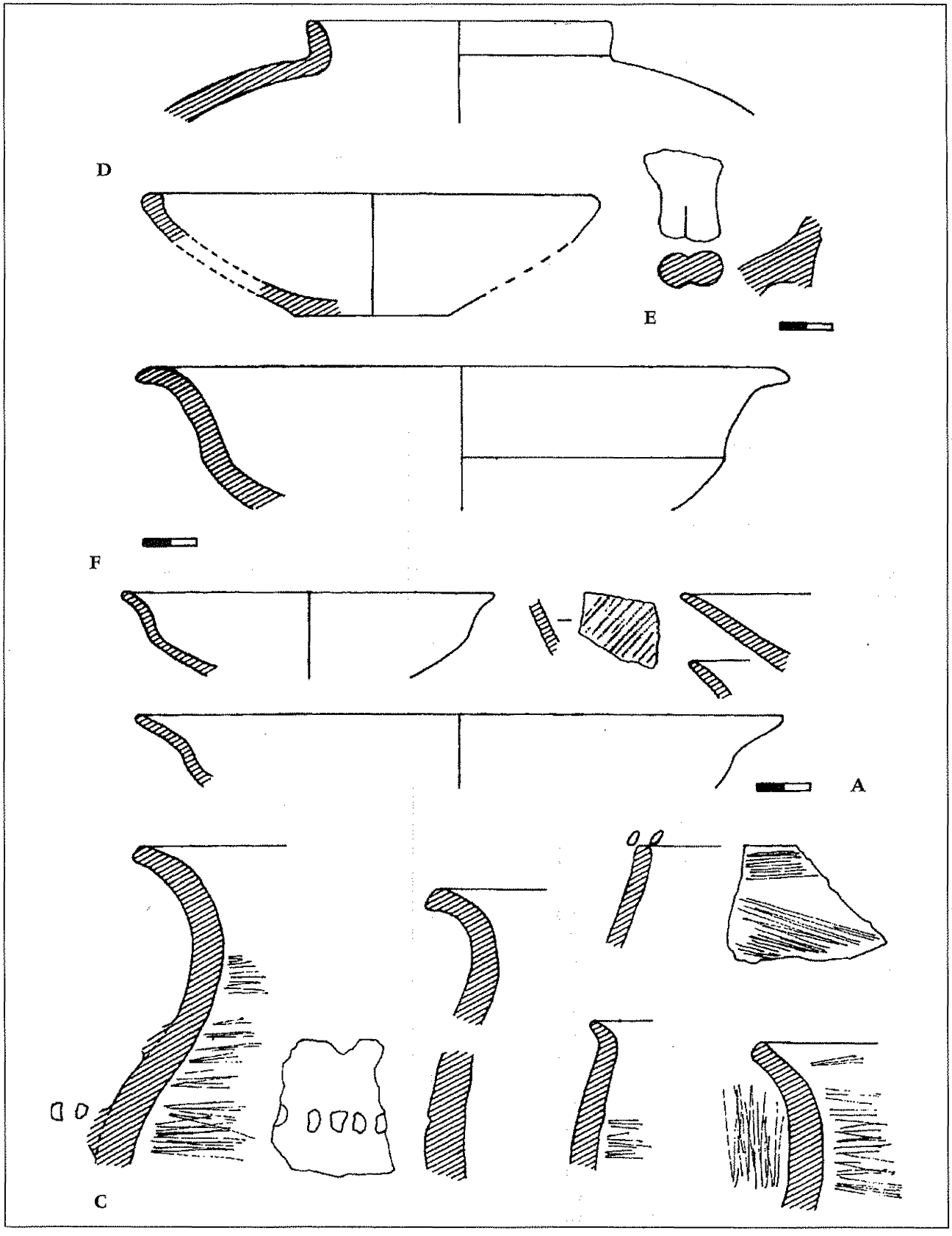

Figura 9.–Vasos cerámicos a mano cuidados (A), toscos (C); y a torno toscos (D), oxidantes (E) y grises (F) de Aliseda II (Orientalizante Pleno-Reciente).

valor cronológico que puedan tener tales diferencias porcentuales en un lugar tan arrasado como éste, no menos interesantes resultan las valoraciones culturales inferidas de este muestreo. En este sentido, aparte de la continuidad de los perfiles y decoraciones propios de la fase precedente, la producción a mano «cuidada» de esta subfase ocupacional del Risco marca la generalización de la cazuela carenada de tipología evolucionada (Ruiz Mata, 1995). Acompañan a estos productos de mayor calidad, otros «semicuidados» y «toscos». Entre los de calidad intermedia, junto a algunas grandes ollas de perfil ovoide y cuello recto o ligeramente cóncavo de tendencia vertical y fondo presumiblemente plano, y las urnas de tamaño medio, perfil ovoide o bicónico, borde biselado y cuello con tendencia vertical y algo entrante, decoradas con bruñidos exteriores, destacamos por su significación crono-cultural los perfiles bicónicos, particularmente representados en la fase orientalizante de Setefilla (Aubet y otros, 1983: 86-100). Por su parte, las vasijas toscas más abundantes continúan siendo las grandes ollas ovoides de perfil cerrado y cuello poco desarrollado, ocasionalmente decoradas con impresiones, digitaciones o cordones aplicados. En este sentido, cabe recordar también un reducido grupo de cerámicas incisas o pseudoacanaladas, cuya concepción tecno-decorativa podría encontrar ciertas correspondencias con otras ampliamente difundidas por el interior peninsular. Los tratamientos escobillados sufren respecto al horizonte anterior un notable retroceso, dentro de los márgenes relativos que condiciona el estudio comparado entre muestreos como los que manejamos.

Por otro lado, especial interés ofrecen las cerámicas a torno. De cocción oxidante (toscas o finas) y grises configuran las especies principales de un repertorio que, al margen de su diversidad, ofrece el interés particular de introducir en nuestro análisis el sugestivo problema de la «orientalización». La valoración estrictamente arqueológica de los materiales en cuestión nos pone en relación con formas de tipología mayoritariamente «evolucionada» si las comparamos con los referentes principales de Andalucía Occidental. Sin embargo, no hemos de olvidar que se trata de tipos con precedentes arcaicos en las secuencias tartésicas bajoandaluzas y, en consecuencia y ante la ausencia de importaciones en este lugar, hemos de otorgarles un desarrollo cronológico relativamente amplio. En este contexto de indefinición cronológica, los hallazgos más destacados son las cerámicas grises que tienen en el plato de borde saliente, la forma más destacada en los sectores A y C, si bien es cierto en términos muy relativos. Algo más preciso resulta en este sentido el conjunto formado por los platos grises y la fíbula anular filiforme procedente de la zona C. Los platos se encuadran sin dificultad en el subtipo 3A1a de la tipología que Lorrio Alvarado (1988-89) ha realizado recientemente sobre la cerámica gris de la necrópolis de Medellín. Se trata de una forma ya presente en las tumbas de la fase I, pero es en la fase II donde alcanza su máximo desarrollo. Respecto a la fíbula, hemos de señalar que se trata del modelo más arcaico de las fíbulas anulares, concretamente el tipo 9 de Cuadrado (Ruiz Delgado, 1989).

Los aspectos más relevantes del repertorio cerámico asociado a esta subfase IIIA del Risco son, en suma, su diversidad morfotécnica, su significado cultural y su imprecisión cronológica. Las características técnicas, morfológicas y decorativas nos hablan, globalmente, de una etapa personalizada por la asociación de elementos de facies culturales distintas dentro de una banda cronológica amplia de los siglos VII-VI a.C.; en función tanto de los problemas estratigráficos como de la ausencia de productos importados que constituyan por sí mismos pautas cronológicas firmes. A pesar de que la continuidad de algunas técnicas decorativas y acabados cerámicos de la fase anterior –«escobillados» y quizá bruñidos exteriores– sugieren que el poblado del Risco se mantiene aún aferrado a una fuerte tradición del Bronce Final Atlántico, la presencia progresiva de cazuelas carenadas de sabor andaluz y, sobre todo, de productos torneados –entre los que adquieren especial significación crono-cultural las cerámicas oxidantes con o sin decoración pintada y las grises– implica que, por otro lado, se encuentra inmerso en un proceso global de reconducción sociocultural que de forma encadenada lo integra en el mundo tartésico-orientalizante.

El material arqueológico asociado a la fase «Aliseda II» resulta bastante parecido al que acabamos de ver en El Risco. De hecho, las producciones cerámicas modeladas (sobre el 80%) superan ampliamente a las realizadas a torno. Además, entre las primeras también destacan los grandes vasos de almacén con impresiones digitales a la altura del hombro y superficies toscamente alisadas o escobilladas, particularmente representadas en el hogar de la Zona D. Dentro de las cerámicas a mano, los recipientes de mayor calidad son los de menor tamaño, como copas y cazuelas bruñidas, tipológicamente deudoras tanto del Bronce Final andaluz (Ruiz Mata, 1979; Pellicer Catalán, 1987-88) como portugués (Vilaça, 1994). Por su parte, entre los productos torneados sobresale la presencia de los cuencos y platos grises,

casi a partes iguales. Los primeros son de cuerpo hemiesférico y borde engrosado al interior y los segundos, de perfil suavemente carenado y borde saliente. En ambos casos, las bases encontradas asociables a dichos recipientes son planas o levemente umbilicadas. Por último, entre las cerámicas de cocción oxidante resulta destacable el hallazgo en el nivel III de la Zona A de un fragmento de ánfora de borde triangular, encuadrable en el tipo I de Florido (1984) y bien representado en la mayoría de los poblados andaluces hasta finales del siglo VI a.C. En función de todo ello, y a la espera de eventuales intervenciones en este yacimiento, apuntamos como hipótesis de trabajo una cronología comprendida entre los siglos VII-VI a.C. para el desarrollo de esta fase «Aliseda II»; concordante, por lo tanto, con la que habitualmente se viene asignando al tesoro encontrado en 1920, adscrito a una Fase Media (desde fines del siglo VII a mediados del VI a.C.) del desarrollo de la orfebrería durante el período de influencias orientales en la Península Ibérica (Perea, 1991: 210-211). Respecto a la CMG, esta etapa se correspondería *a priori* con las fases II y IIIA-B de Medellín, inscritas entre el 650 y el 500 a.C. Sin embargo, justo es reconocer que, a pesar de las limitaciones y carencias de información que este lugar ofrece, el panorama tecnocultural que lo caracteriza es marcadamente distinto al del «Risco IIIA» y «Aliseda II». En este sentido, baste indicar la mayor consolidación y diversificación de los productos torneados en Medellín frente al carácter conservador y retardatario que muestran los poblados de la Penillanura. Un aspecto que, aparte de ilustrar la arritmia tecnocultural de la actual región extremeña, podría estar insinuando la existencia de procesos culturales diferenciados, en posible conexión con la especialización funcional adquirida por cada una de los ámbitos tratados en el marco de las relaciones con el Suroeste. Dicho de otro modo, un panorama más dinámico y renovador en aquellos puntos de mediación y control del tráfico de mercancías (Valle del Guadiana) y un panorama más mediatizado por el sustrato del Bronce Final en aquellas zonas (Penillanura) más identificadas con las tareas extractivas y de carácter primario en general.

3.3. El Orientalizante Tardío o «Post-orientalizante»

Se incluyen en este horizonte los estratos pertenecientes a las fases «Risco IIIB» (Niveles Superficial y I del Sector B) y «Aliseda III» (Nivel II de las Zonas A-B-C-D del Corte I). En ambos casos se trata de contextos notablemente alterados y personalizables desde diferentes perspectivas. En El Risco nos encontramos ante una subfase tan sólo apreciable en función de la tipología «evolucionada» de un muestreo cerámico limitado y, a lo sumo, por la presencia, tal vez, de un muro recto de recorrido transversal a la puerta de acceso al poblado (?) –al parecer no integrado en edificación alguna– documentado en el Nivel Superficial del desprotegido Sector B; único indicio –con los grandes problemas de interpretación que por su arrasamiento plantea– del posible paso de las cabañas de planta curva a las casas rectangulares con una estructura interna articulada en diversos espacios funcionales, como sucede en el sur peninsular desde fechas más tempranas.

En Aliseda, por su parte, las estructuras de este horizonte se concretan en Nivel II del Corte I; un estrato muy uniforme de tierra de color rojizo, compacta y de naturaleza arcillosa que debe corresponderse con la cimentación de una fase constructiva muy afectada por la ocupación tardo-republicana (Aliseda IV). Los únicos restos de estructuras asociadas a este momento se concretan en una posible muralla o bancal de aterrazamiento, cuyo arranque es posible situar en el tránsito de los siglos VI-V a.C. Dicha construcción, de la que apenas se conservan las dos hiladas inferiores, presenta un trazado idéntico al del escarpe sobre el que se sitúa. Se trata de una obra no excesivamente cuidada, cuya anchura inicial debió oscilar entre 1,20 y 1,50 m., en la que los bloques no presentan un tamaño regular, alternándose el aparejo medio con grandes piedras acuñadas por otras más pequeñas. El resultado fue una obra de escasa estabilidad que acabó venciéndose en el sentido de la pendiente; circunstancia que, al parecer, obligó a una reparación consistente en la construcción de dos encintados de piedra, colocados a uno y otro lado de la estructura original, con lo que el muro resultante alcanzó un espesor de 2,5 m. Resulta difícil, dadas las escasas dimensiones del tramo excavado, aventurar una posible interpretación de estas evidencias más allá de lo apuntado.

Pero, como decíamos antes, la identificación cronocultural de este horizonte ha sido posible, sobre todo, a partir del estudio de la cultura material a él asociada (Figs. 10 y 11). En este sentido –y si bien es cierto que los condicionantes contextuales relativizan al máximo los criterios estadísticos que nos hablan de una proporción de alfarería modelada nuevamente por encima del 70%–, entre la tipología de vasos cerámicos de la subfase IIIB del Risco resultan destacables tanto la ausencia de cazuelas

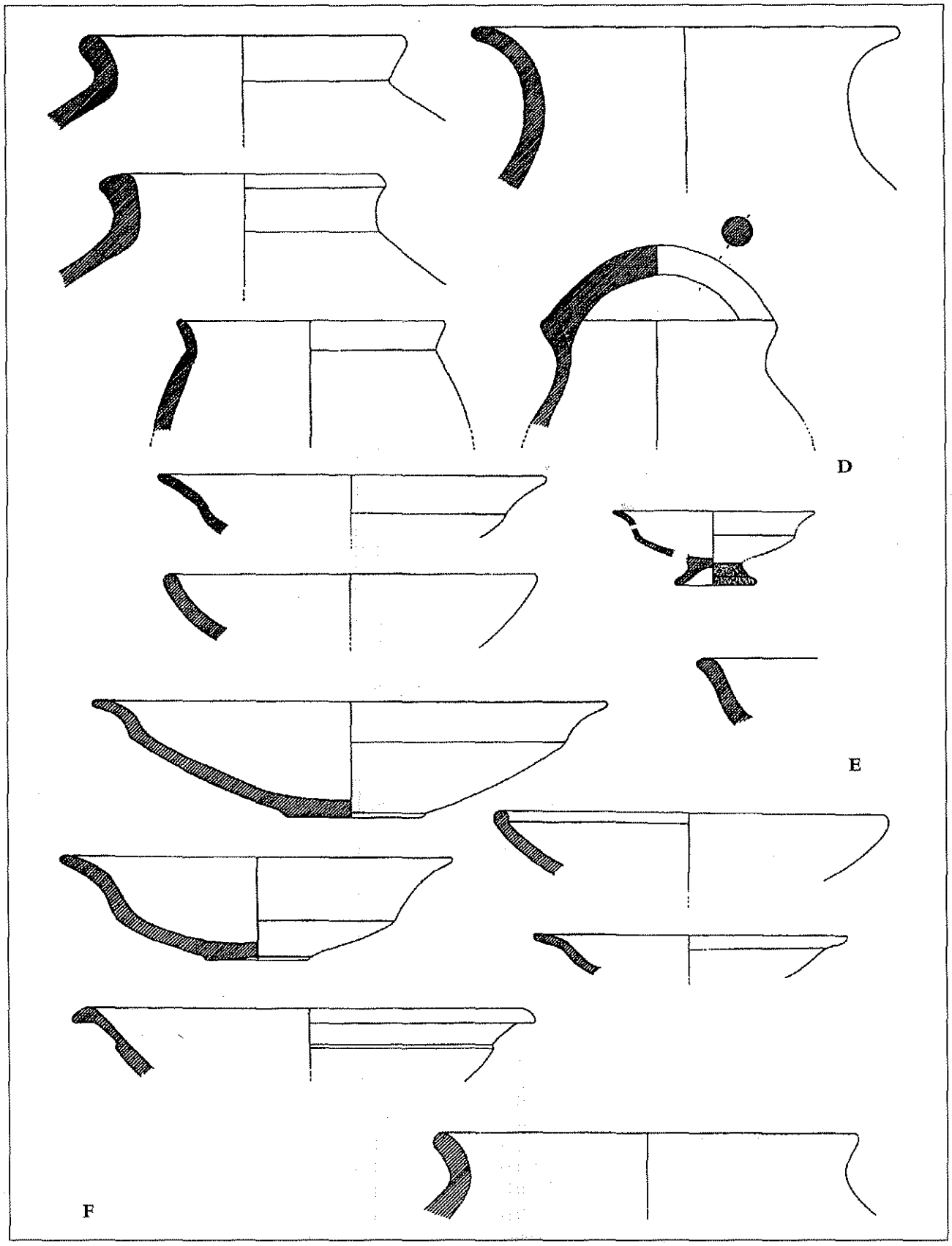

Figura 10.–Vasos cerámicos a torno toscos (D), oxidantes (E) y grises (F) del Risco III (Orientalizantes Pleno-Reciente y Tardío).

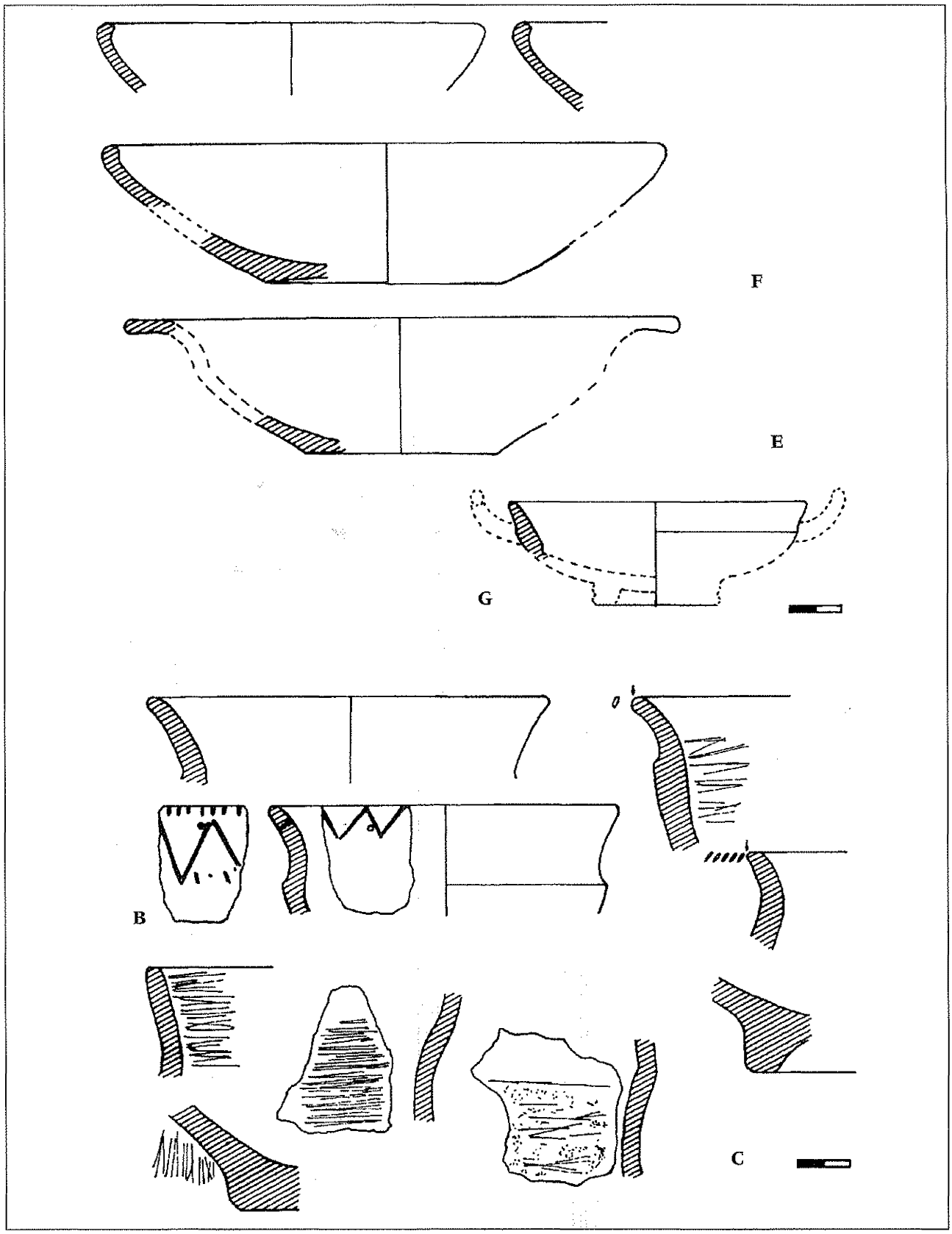

Figura 11.–Vasos cerámicos a mano semicuidados (B), toscos (C); y a torno oxidantes (E), grises (F) y áticos (G) de Aliseda III (Orientalizantes Tardío o «Post-orientalizante»).

carenadas y fragmentos «escobillados», como la presencia de perfiles «muy evolucionados» entre los productos torneados (ánforas oxidadas, urnas, copas de pie desarrollado, cuencos grises de borde apuntado o levemente engrosado al interior, vasijas de cesta)... cuya morfología parece más propia de contextos ubicables en pleno siglo V a.C., como la construcción documentada en el Torrejón de Abajo, unos 4 km. al sur en plena Penillanura, donde dichos perfiles están presentes.

Por su parte, el material cerámico recuperado en «Aliseda III», aunque muy fragmentado, también parece situarnos ya en un horizonte crono-cultural de mediados del I milenio a.C. Allí la relación entre productos a mano y a torno se sitúa alrededor del 60 y 40%, respectivamente. Entre los primeros, la mayoría responde nuevamente a los tradicionales recipientes de gran tamaño, principalmente vasos de perfil ovoide, realizados con arcillas poco depuradas y acabados descuidados o escobillados, que en algunos casos aún presentan digitaciones a la altura del hombro o en el mismo borde. Sin duda, es el recipiente sobre el que hasta pleno siglo V a.C. sigue descansando el concepto de almacenaje de los ocupantes de este lugar; puesto que, como sucede en El Risco, los fragmentos de ánforas de tradición fenopúnica, realizadas ya a torno, son ínfimos. Por ello, dentro de los productos a torno, los recipientes con mayor significado crono-cultural son los platos de perfil suavemente carenado y los cuencos grises de bordes levemente engrosados al interior o biselados y bases planas o umbilicadas, si bien no faltan algunas urnas y copas. Nuevamente nos encontramos ante formas bien representadas en la reciente tipología de Lorrio Alvarado (1988-89). La cerámica de cocción oxidante muestra gran sintonía morfológica con las grises, destacando, sin embargo, algún fragmento con decoración pintada. Las importaciones se reducen a un pequeño trozo de pasta vítrea y un fragmento de «copa tipo Cástulo»; piezas que nos sirven para situar el final de esta fase en torno a las postrimerías del siglo V a.C. (Sánchez, 1992), si aceptamos su posible procedencia de los arrasados niveles superiores de esta etapa.

Aunque con marcadas diferencias técnicas, este horizonte tendría su correspondiente en el Guadiana Medio en la fase IIIC de Medellín, considerada como «Post-orientalizante» y fechada entre finales del siglo VI y pleno siglo V a.C. Ni que decir tiene que se trata de un período particularmente oscuro de la «protohistoria extremeña» por cuanto en él se conjugan el ocaso tartésico y la reconducción socioeconómica del Suroeste ante la desaparición del comercio transmediterráneo de metales. A nivel estrictamente arqueológico, no debe perderse de vista que es durante este período cuando en la CMG lugares como Cancho Roano o La Mata de Campanario conocen tanto su máximo apogeo como su repentina desaparición en torno al 400 a.C. En este sentido, consideramos particularmente ilustrativo que, tras esta etapa «post-orientalizante» lugares tan destacados de la Penillanura como Aliseda (y posiblemente también El Risco) quedaran igualmente deshabitados. Sólo Aliseda sería reocupada hacia el cambio de Era.

4. EL VECTOR PALEOECONÓMICO COMO FACTOR EXPLICATIVO DEL POBLAMIENTO EN EL TAJO MEDIO

El panorama expuesto en el epígrafe anterior (existencia de espacios amurallados; estructuras de habitación diversamente conservadas; ausencia de niveles estériles que permitan inferir hiatos o fases de abandono temporal; una secuencia aparentemente continuada y verosímil) parece respaldar una más que probable ocupación prolongada del Rico y Aliseda entre, al menos, comienzos del siglo VIII y finales del V a.C., que resulta susceptible –en buena lógica, aunque con todas las reservas que aconseja el estado de la investigación– de hacerse extensiva a buena parte de los poblados en alto que, junto a los anteriores, conforman el patrón de asentamiento prototípico del Tajo Medio durante la primera mitad del I milenio a.C. Sin embargo, el desarrollo de dicho poblamiento –y el proceso de evolución cultural que paralelamente se ha esbozado– necesariamente debe encontrar explicación en aquellos datos que, ya procedentes de las excavaciones por nosotros realizadas, ya extraídos con anterioridad, nos proporcionan determinadas claves para emprender una reconstrucción paleoeconómica.

Los datos paleoambientales conocidos a partir de nuestra intervención en Aliseda, permiten el acercamiento a una Penillanura muy antropizada como demuestra la relativa escasez de especies arbustivas frente al claro predominio de las herbáceas. Sin apenas variaciones a lo largo de toda su secuencia, los estudios palinológicos y antracológicos realizados en este lugar nos sitúan ante un bosque esclerófilo perennifolio, cuyos elementos arbóreos dominantes son la encina y el alcornoque. Estas especies están acompañadas de *Myrtaceae, Anacardiaceae, Rhamnus, Caprifoliaceae* y *Olea* sp. A pesar de ello, destaca en este paisaje un alto grado de deforestación de origen antrópico, reflejado en la importante existencia de especies como *Ericaceae* y

Cistaceae. Junto a esta serie de tipo edafófila se localizan palinomorfos y carbones más en consonancia con un bosque ripario, *Alnus, Ulmus, Populus* y algunos pocos ejemplos de *Juglans regia*. Sin embargo, los niveles de estos árboles de ribera son muy bajos, lo cual puede estar motivado por una cierta lejanía con respecto al río Salor, aunque tampoco hay que descartar que sea debido a la deforestación de sus márgenes con fines agrícolas . De hecho, como planteamos más arriba, la vegetación herbácea domina en todos los espectros; se recogen taxones indicadores de espacios abiertos y antropizados como *Asteraceae, Fabaceae, Poaceae, Brasicaceae, Lamiaceae*, etc. Además, los niveles de especies nitrófilas, necesitadas de materia orgánica en abundancia, son altos. En resumen, se deduce la existencia de un paisaje abierto, muy humanizado, donde la vegetación sería muy similar a la que se encuentra actualmente.

Más allá de este boceto –y más teniendo en cuenta los considerables recursos mineros del Tajo Medio, ya apuntados en algún epígrafe anterior–, la atención a la información paleometalúrgica disponible adquiere, en este punto, un renovado interés. Por todos es conocida la importancia que a la búsqueda, extracción, producción, control, tráfico y posesión del metal concede la investigación en los momentos correspondientes al Bronce Final Atlántico (Ruiz Gálvez, 1984 y 1987; Briard, 1985; Coffyn, 1985; Chevillot y Coffyn, 1991; Mohen, 1992; Blasco Bosqued, 1993); de ahí que intentemos averiguar, en los asentamientos por nosotros estudiados, hasta qué punto la Penillanura participó en dicho contexto. Son pocos los datos procedentes de excavación sistemática inicialmente adscribibles a esta fase; entre ellos destacamos una pieza lítica interpretable como molde o «afilador» documentada en el «fondo de cabaña» del «Risco II» y un pequeño cincel de bronce procedente del Sector C que por tipología y composición (10% de Sn y 80% de Cu) debe incluirse aquí. A lo sumo, cabe relacionar con este horizonte algunos hallazgos descontextualizados e incluidos en una colección particular de piezas procedentes del yacimiento (sobresalen una punta de lanza de enmangue tubular y tipología incierta; otra posible punta de espada de lengua de carpa; varios colgantes amorcillados; un brazalete de sección aplanada; varias barritas-lingote de cobre; diversos fragmentos de «tranchets» o navajas de afeitar propias del horizonte Baioes-Vénat) que, por las mismas razones, podrían inscribirse en este momento. Por su parte, la información obtenida en Aliseda (un crisol y otras manifestaciones metalúrgicas) aún permanece en estudio por razones puramente técnicas. A pesar de ello, el registro del Risco nos sitúa ante una serie de datos que, como hipótesis de trabajo, podrían relacionarse en su conjunto con una explotación y comercio de los recursos estanníferos de la zona; pero ¿hasta qué punto se trata de una situación particular o resulta extensible al conjunto de asentamientos de la Penillanura?

Ya a comienzos de este trabajo subrayábamos el hecho de que hasta nuestros días se ha venido caracterizando el Bronce Final extremeño, más que nada, por una serie de piezas aisladas o descontextualizadas entre las que los bronces ocupaban un lugar destacado. Sin embargo, resulta interesante constatar que la información procedente del Risco se integra, sin grandes obstáculos cronológicos y participando de unas características similares (bronces binarios o con un rango de plomado por lo general bajo), en dicho conjunto de objetos que con tipología atlántico-mediterránea se reparten por la Penillanura: depósitos de Cabezo de Araya y La Muralla; hallazgos diversos de Santo Domingo, Garrovillas, Alconétar, la Mogollona, Maltravieso, Castillejo de Robledillo, Aguijón de Pantoja, etc. (Pavón Soldevila, 1995-c: 873). Más allá de ello, igualmente clarificadora puede resultar, en último término, la ubicación de los poblados conocidos y su relación con los recursos estanníferos de la Penillanura (Pavón Soldevila, 1995-c: 858-860) –aspecto éste sobre el que incideremos más adelante–, si tenemos en cuenta que las pautas de poblamiento son uno de los factores que se encuentran estrechamente ligados con las actividades económicas desarrolladas en los asentamientos. Una aportación de sumo interés a propósito de la explotación de los recursos estanníferos cacereños –aunque en un sector externo a la Penillanura– durante el Bronce Final puede encontrarse en el estudio que sobre el Cerro de San Cristóbal de Logrosán desarrolla C. Merideth en esta misma obra.

Un fenómeno destacado –según revela lo ya apuntado en el epígrafe anterior, tanto en relación con la estructuras de habitación como en la cultura material– que es posible apreciar en las fases siguientes de ocupación de la Penillanura, globalmente consideradas, es el proceso global de reconducción cultural que, a pesar de acoger a un grupo poblacional que mantiene un fuerte apego a las tradiciones del Bronce Final Atlántico, experimenta esta zona al integrase en la órbita del mundo tartésico-orientalizante. Sin embargo, son muchos aún los interrogantes planteados en torno a la plasmación paleoeconómica de dicha coyuntura. Tanto es así, que realmente nos encontramos con grandes dificultades para esbozar mínimamente incluso las bases subsis-

tenciales de los momentos correspondientes al Orientalizante Pleno-Reciente. En este sentido, y con las datos de Aliseda en la mano, tan sólo podemos anotar la preponderancia del ganado bovino en la cabaña ganadera; lo cual, por otra parte, no difiere del panorama globalmente admitido para esta época en el Suroeste.

Por otra parte, especial relevancia se concede al comercio de minerales y metales nobles en la intensificación de relaciones que durante este período tiene lugar entre nuestra región y Andalucía Occidental. En este sentido, hemos de referir en primer término que, desde hace algunos años, se viene defendiendo la posibilidad de que el oro extremeño, protagonista de la orfebrería del Bronce Final en el Suroeste, continuara explotándose en época orientalizante. Así parecen apuntarlo no sólo un colgante documentado en Trayamar y al parecer elaborado con oro extremeño, sino también una serie de pepitas aparecidas en diferentes contextos, entre ellos un cartucho-colgante del tesoro de Aliseda (Almagro Gorbea, 1990: 92 y 96). Ninguna información nueva nos han aportado, sin embargo, las recientes intervenciones en la Penillanura. Un dato a tener en cuenta, aunque difícilmente valorable aún, es el descubrimiento incontrolado en El Risco de escorias y una torta de fundición de plata a medio copelar con un alto contenido en plomo... que abre la posibilidad de una comercialización de plomo-argentífero enriquecido, en función de la presencia de tasas de cobre en este hallazgo, y contribuye a crear expectativas en torno a una posible reconducción paleoeconómica de la zona a través de la explotación de una materia prima que, como ya hemos señalado, está presente en puntos de la Penillanura como los de los alrededores de Plasenzuela o, incluso, Aliseda. A todo ello hay que añadir finalmente los silencios e interrogantes que aún se mantienen sobre la continuidad o no del comercio del estaño durante este período. Si bien es cierto que algunas cerámicas torneadas documentadas en Logrosán invitan a prolongar la vida de este lugar hasta un momento impreciso del siglo VI a.C., la prudencia obliga a esperar la valoración estratigráfica de este singular enclave. Fuera así o no, lo cierto es que muy posiblemente haya que relacionar con el comercio de metales y la proyección hacia el interior de las rutas tartésicas la presencia en el Tajo Medio de piezas áureas tan deslumbrantes como las del tesoro de Aliseda (Almagro Gorbea, 1977: 204); un conjunto que tal vez sea el mejor exponente material de la reorientación progresiva de la Penillanura desde el mundo atlántico hacia la órbita tartésica, pero que, lamentablemente, se ha interpretado fuera de una contextualización tan necesaria y clarificadora como la que proporciona el poblamiento.

A pesar de su carácter descontextualizado, tal vez al último momento de la secuencia analizada, al Orientalizante Tardío o «Post-orientalizante», haya que adscribir buena parte del repertorio metálico de una colección particular que, según se nos indicó, procede del Risco. En dicho conjunto se encontrarían dos fíbulas anulares filiformes; un broche de cinturón de tres garfios; una garra de felino que indistintamente pudo estar asociada a un *thymaterium* (Almagro Gorbea, 1977: 322; Maluquer y otros, 1986: 217; De la Bandera y Ferrer, 1994; Rovira Llorens, 1994) o a un soporte de cista de filiación etrusca (Corzo Sánchez, 1991: 409); una aguja con parte del muelle de una fíbula de doble resorte; fragmentos de un asador de tipo andaluz (Almagro Gorbea, 1974; Maluquer, 1981: fig. 13 y 1982; Celestino y Jiménez, 1993: 100); botones de bronce; varios fragmentos de posibles asas de braserillo; campanillas; y diversos restos de jarros muy deteriorados y de tipología avanzada (Maluquer, 1981; Celestino y Jiménez, 1993). Una característica común en todas estas piezas es el hecho de presentar un índice bastante elevado de plomo (superior en ocasiones al 10%), que –aunque aún es pronto para pronunciarnos en ningún sentido– resulta frecuente en diversos ámbitos del Suroeste. Analizando el conjunto desde un punto de vista estrictamente tipológico, y en un marco exclusivamente de relaciones regionales, destacan sus conexiones con piezas asociables a la segunda fase de la necrópolis de Medellín (Almagro Gorbea, 1991) y a los horizontes tardo-orientalizantes de Cancho Roano y El Torrejón de Abajo (García-Hoz, 1991). Pero conjugando, además, la comparación entre analíticas de piezas procedentes de estos yacimientos –posible gracias a los trabajos de P. Ramos y S. Rovira– el interés de esta apreciación se revaloriza. Así, la evaluación estadística de los conjuntos metálicos del Risco y El Torrejón de Abajo permite apuntar notables semejanzas en las materias primas utilizadas, en función de las trazas de plata y antimonio ligadas al cobre. Menos paralelismos se advierten, en cambio, en la gestión del plomo en las aleaciones, puesto que mientras el contenido del mismo empleado en las figuras de El Torrejón oscila entre 1,20 y 4,65, el rango medio es bastante superior en las piezas del Risco, que, a su vez, parece tener mayor correspondencia con los datos de las metalografías obtenidas en Cancho Roano (Celestino y Jiménez, 1993: 97). Más allá de estas aportaciones, sin embargo, los datos detectan la perduración de unos bronces que, ante todo, pa-

recen mostrar y realimentar el poder de las pujantes aristocracias terratenientes surgidas durante estos siglos en la antigua «periferia tartésica».

5. LA PENILLANURA: INNOVACIONES Y TRADICIÓN EN EL MARCO DEL PROCESO DE ORIENTALIZACIÓN EN LA PERIFERIA TARTÉSICA

Uno de los hechos más sorprendentes que se derivan de la contemplación simultánea de aquellos datos aportados por el estudio del poblamiento (entre los que cabe, una vez más, redundar sobre todo en la pervivencia de estructuras domésticas tradicionales y nada «protourbanas»; en el escaso porcentaje de producciones torneadas; en la ausencia de importaciones; etc.), con la imagen deslumbrante que nos ofrecen los tesoros encontrados en el Tajo Medio –tales como los de Serradilla (Almagro Gorbea, 1977: 221), Madrigalejo (Almagro Gorbea, 1977: 230), Villanueva de la Vera (González Cordero y otros, 1993), o el de Aliseda (Almagro Gorbea, 1977: 204)– es, precisamente, esa intensa sensación de contraste. Una imagen contradictoria que, en cualquier caso y antes de ulteriores valoraciones, aconseja definir con mayor precisión la «orientalización» de la Penillanura. De este modo, si por «proceso orientalizante» se entiende un fenómeno de aculturación, modificación o transformación que afecta a todos los campos de la cultura –y no sólo a la cultura material y a los aspectos estéticos y tecnológicos–, la economía, la sociedad, la ideología, la política y la religión, llegando a modificar la propia estructura interna de la cultura afectada (Almagro Gorbea, 1990: 88), hemos de convenir que al menos en la Penillanura –y en función de los datos hoy conocidos– es preciso matizar el grado de «orientalización» y la incidencia real de dicho fenómeno cultural.

Indudablemente, aceptar este hecho implica reconocer la necesidad de superar esa fase de la investigación en la cual la evaluación del Orientalizante Extremeño se efectuaba en un marco global (Almagro Gorbea, 1977 y 1990; Celestino y otros, 1992; Celestino Pérez, 1995) y apostar por una línea de trabajo que contemple los procesos de subregionalización; el estudio de los datos arqueológicos en relación con los grupos humanos, su economía y sus tradiciones; y finalmente, su comprensión en el marco de una verdadera definición de cada nicho geoecológico. En este sentido, justo es reconocer que, arrancando incluso desde el Bronce Final (Pavón Soldevila, 1995-b: 52; 1995-c: 872-882), pero más acentuadamente durante el Período Orientalizante (Rodríguez Díaz, e.p.), se distinguen en la región extremeña, todavía a grandes rasgos, sendas «facies» culturales asociadas a los valles del Tajo y del Guadiana.

Durante el Período Orientalizante los patrones de asentamiento en la CMG –personalizados por los poblados «de vado» en alto y sus núcleos satélites en el llano– muestran una especial preocupación por el control de las principales rutas de comunicación y la explotación de sus feraces tierras, algo que advertimos ya desde el Bronce Final y que contrasta con las orientaciones ya apuntadas en la Penillanura. Independientemente de esta cuestión, el poblamiento hoy conocido permite defender una distribución regularizada del mismo y un potencial geoestratégico que, además de caracterizar explícitamente esta facies poblacional, comienzan a insinuarnos implícitamente la posible existencia de un auténtico filtro con tintes fronterizos (Rodríguez Díaz, e.p.) de los contactos Norte-Sur y que acentuaría el carácter periférico del Guadiana Medio, en el marco de las relaciones «centro-periferia» con el Bajo Guadalquivir (Aubet Semmler, 1990: 40-41).

Indudablemente, las fases «Risco III» y «Aliseda II-III» denotan a nivel arqueológico, según se ha señalado, la llegada de influencias meridionales al ámbito de la Penillanura; sin embargo, la gran cuestión sigue siendo el saber hasta qué punto la contrastada renovación de la cultura material se tradujo en alteraciones profundas en la estructura socioeconómica y demográfica de la zona que estudiamos. La posible respuesta debe pasar además, e ineludiblemente, por la comparación con las tierras del Guadiana. La plasmación a nivel material de dicha encrucijada, del contraste entre el Guadiana y la Penillanura, podría advertirse, entre otras cuestiones, principalmente en el empleo diferencial que, hasta donde conocemos y podemos afinar cronológicamente, parece hacerse de las estructuras habitacionales de muros rectos que, como hemos visto –y a diferencia de como se apunta en el Guadiana–, no parecen implantarse en los modos de vida cotidianos de los contextos indígenas de la Penillanura durante esta época; de los objetos de hierro, al parecer más abundantes en el Guadiana (Almagro Gorbea, 1977: 477); y, especialmente, de las producciones a torno, mucho menos utilizadas en el ámbito cacereño, según denotan los datos presentados en este trabajo, que en el badajocense (Almagro Gorbea, 1977: 452 y 476). Por todo ello, no creemos deba interpretarse la situación socioeconómica de la Penillanura desde una óptica homogeneizadora que contemple la región extremeña de un modo globa-

lizante, sino más bien intentando una aproximación contextualizada a su propia idiosincrasia.

Precisamente, el tesoro de Aliseda ha constituido siempre un elemento muy atractivo a la hora de dilucidar el contexto socioeconómico y político de los habitantes del Tajo Medio durante el Período Orientalizante. A pesar de que en ocasiones ha sido observado como una evidencia más de la instauración global de una monarquía de tipo sacro en nuestra región (Almagro Gorbea, 1990: 104), lo cierto es que nunca se han perdido de vista sus peculiaridades en relación a un contexto posiblemente más ruralizante y retardatario (Almagro Gorbea, 1990: 106). Por ello, la vieja aspiración en ocasiones aludida, la necesidad de diferenciar las distintas subáreas culturales de la «orientalización extremeña» (Almagro Gorbea, 1990: 89), es hoy casi una necesidad a la hora de superar planteamientos excesivamente generalizadores de la sociedad orientalizante. En función de la imagen proporcionada por el poblamiento de la Penillanura, un mundo bastante personalizado en el cual los modos de vida y la cultura material denotan más vinculaciones con la tradición que aceptaciones de las novedades llegadas a la Península con los pueblos orientales, resulta difícil aceptar en esta zona la implantación de una economía controlada desde los centros políticos de tipo palacial, el hecho seguramente más innovador del orientalizante extremeño según Almagro Gorbea (1990: 95). Más coherentes con este contexto nos resultan las opiniones que matizan los efectos de una orientalización profunda y global, adscribiéndola, principalmente al comportamiento de unas élites que aglutinan el tráfico de recursos y materias primas en el marco de un sistema formado por círculos económicos concéntricos y jerárquicos (Aubet Semmler, 1990: 41). El Tajo Medio no sería sino una comarca periférica, e incluso marginal, en este nudo de relaciones, y la realidad arqueológica plasmada la evidencia de una orientalización igualmente periférica en la que ítems como el tesoro de Aliseda no juegan mayor papel que el de don o regalo –tal vez junto a otras mercancías como mujeres jóvenes, posiblemente princesas (Ruiz Gálvez, 1992: 238-239)– para quien colabora desde la gestión de su territorio en la extensión del propio circuito económico suroccidental (Aubet Semmler, 1994: 251).

Sin embargo, y a pesar de esta lectura, no deja de ser en cierto modo sorprendente la divergencia de comportamientos entre el Tajo y el Guadiana, difícilmente explicable en función de la variable geográfica, dado que no hay barreras que la condicionen irremediablemente. En este sentido, e incidiendo en el peso de las tradiciones, tal vez haya que relacionar el mencionado enquistamiento de la Penillanura con su más fuerte integración cultural en el Bronce Final Atlántico y la pervivencia de buena parte de sus modos de vida, orientados preferentemente hacia el control y la producción del metal, a lo largo de la primera mitad del I milenio a.C. En relación con esta hipótesis de trabajo cabe apuntar que ya en alguna ocasión se ha vinculado, de una forma un tanto intuitiva, la aparición del tesoro de Aliseda con los intentos por acceder al estaño del interior peninsular, bien a través de una ruta terrestre desde el sur, bien utilizando la vía que supone el río Tajo desde el Atlántico, a lo largo de los siglos VII-VI a.C. (Aubet Semmler, 1994: 251 y 254); pero es, una vez más, el poblamiento quien mejor ofrece el contrapunto para calibrar dicha opción. Así, el panorama esbozado en páginas anteriores parece denotar una importante concentración de asentamientos en torno a la mitad occidental de la Penillanura, controlando dicho territorio y, muy posiblemente, los recursos minero-metalúrgicos, principalmente estanníferos, entre el Salor y el Tajo. Indudablemente –y en gran medida a causa de ciertos obstáculos administrativos– nos falta aún un conocimiento detallado de este aspecto, pero los datos manejados no parecen contradecir dicha hipótesis de trabajo. Por otra parte, dicha posibilidad confiere, desde el punto de vista paleoeconómico, un mayor grado de personalidad a esta zona tan singularizada, además, por el comportamiento de otros ítems. En este sentido, la propia autonomía que dentro de un amplio, aunque acotado, escenario de documentación presentan las estelas decoradas del Tajo extremeño (Barceló, 1989: 191; Celestino Pérez, 1990: 54; Galán Domingo, 1993: 38-39 y 47), que puede considerarse un argumento más para remarcar la diversidad interregional de los procesos culturales definidores del período que estudiamos, dentro de unos parámetros de control socio-político y gestión económica del territorio cada vez más complejos.

Desde hace ya algunos años, la investigación viene señalando la coincidencia del núcleo central de estelas decoradas con las penillanuras al sur del Tajo que forman las cuencas del Almonte y el Salor, justo al norte de las sierras de Montánchez y San Pedro (Almagro Gorbea, 1977: 175). Al margen de otras cuestiones, tanto la ubicación global como el emplazamiento concreto de estos monumentos han sido objetos de controvertidos debates, en cierto modo como preámbulo a su definición funcional. En este sentido, la relación entre dichas estelas y los recursos potenciales de su entorno ha sido, en los

últimos tiempos, una preocupación recurrente que, por razones obvias, debe mencionarse aquí. Como alternativa a la tradicional concepción funeraria del fenómeno de las estelas, en los últimos años ha ido cobrando cuerpo una hipótesis que las vincula a su utilización como hitos de vías ganaderas y rutas comerciales (Ruiz Gálvez y Galán, 1991) en atención a su clara asociación –aunque no del todo cierta, según otra perspectiva (Celestino Pérez, 1995: 70)– a determinadas zonas de paso (Galán Domingo, 1993: 36-38 y 78). Independientemente de que nos pueda parecer excesivamente simplista la definición de las mercancías, grano y ganado, cuyo intercambio genera –sin tenerse en cuenta elementos imbricados en la tradición ideológica del Suroeste– la aparición y desarrollo de esta personalizadora colección de monumentos (Galán Domingo, 1993: 79), tal vez lo que más nos sorprenda sea la explícitamente defendida ausencia de correlación entre las estelas y los recursos mineros de la Penillanura (Galán Domingo, 1993: 36 y 77)... algo que, bien desde una perspectiva más o menos dubitativa (Celestino Pérez, 1990: 59; frente a 1995: 71), bien firmemente (Barceló, 1989: 205), habían venido defendiendo recientemente algunos de sus mejores conocedores.

Teniendo en cuenta la distribución del poblamiento aquí presentada y su más que probable relación con el control y la gestión de los recursos estanníferos, no nos queda sino volver a incidir en una cuestión ya apuntada previamente por algún investigador, pero a la que tal vez no se haya prestado toda la atención que merece: la necesidad de contemplar la seriación tipológica y la distribución de las estelas como el exponente de una interacción geográfica y no de una mera evolución cronológica (Barceló, 1989: 203). Frente a las hipótesis que interpretan la estela ya como el reflejo de un proceso de acercamiento de determinadas poblaciones del interior hacia el hinterland tartésico a lo largo del tiempo, en función de la variedad tipológica y su plasmación sobre el marco geográfico (Celestino Pérez, 1990: 55-57; 1995: 71-72), ya como la plasmación material del proceso de conversión del «paisaje» en «territorio» durante el Bronce Final en un marco de inestabilidad poblacional (Galán Domingo, 1993: 77-81); planteamos la posibilidad de contemplar la estela, en esta ocasión, como un referente más de la naturaleza periférica y fronteriza de nuestra zona de estudio. Desde nuestra óptica se trata de un elemento más de definición fronteriza –aunque no nos referimos aquí a la particularmente llamativa ubicación de los grupos de estelas de Torrejón el Rubio, Logrosán o Montánchez en determinados lugares de acceso por el norte, este y sur a la Penillanura, que habrá que seguir estudiando– que parece corroborar cuanto en este trabajo se desprende del poblamiento. Así, la misma gradación de la orientalización que hemos apreciado a través de la cultura material y las formas de vida, parece evidenciarse en la distribución tipológico-geográfica de las estelas para un momento ligeramente previo, transicional del Bronce Final al Orientalizante (Celestino Pérez, 1995: 70). De este modo, la impresión de marginalidad, entre el Guadiana y las tierras interiores, obtenida a raíz de la aparición de determinados ítems alóctonos sobre las estelas, de la adopción diferencial de los modos de vida orientales, del uso y la generalización heterogénea de tecnologías novedosas, etc., aboga en cierto modo no ya por la coincidencia de comportamientos entre el poblamiento y el fenómeno de las estelas, sino por la similitud de escalas de ambos fenómenos y la disolución, hasta donde se alcanza, de la variable cronológica como hipótesis explicativa.

En este marco de relaciones «centro-periferia» en el que Extremadura se contempla como la gran reserva económica de Tartessos (Aubet Semmler, 1990: 41), aquellas manifestaciones que denotan un cierto grado de relación entre la Penillanura y el ámbito nuclear del Suroeste, obligan a señalar algún elemento como el dinamizador de dicho proceso de aculturación. En función de lo expuesto, creemos que dicho elemento debió ser el mineral, y más concretamente el estaño, aunque no negamos la posibilidad de un amplio espectro de materias de intercambio. Un control del mineral de la periferia suroccidental que a lo largo del Bronce Final parece condicionar no sólo la distribución y características del asentamiento en el Tajo Medio, sino también posibilitar la erección de unos núcleos de poder, integradores del poblamiento, que en buena parte se mantendrán durante el Período Orientalizante. Del mismo modo que se aprecia en el poblamiento, también las estelas decoradas –en su polisemia manifestaciones emblemáticas del poder indígena en la periferia tartésica– parecen manifestar la gradación del efecto aculturador meridional derivada de las relaciones comerciales, denotando una progresiva y gradual, al menos desde el punto de vista geográfico, sustitución de los ítems tradicionales por nuevos exponentes del prestigio. Sólo la personalidad cultural de la Penillanura, cimentada en un poblamiento estable y organizado a partir del control de los recursos del territorio y en el poder explícitamente representado de las jefaturas de estas poblaciones periféricas, se nos antoja como elemento mitigador del proceso de orientalización en la misma, frente a

las tierras meridionales del Guadiana donde sus efectos resultan más evidentes. Se abre así un capítulo de progresiva subregionalización en la contemplación de los procesos histórico-culturales extremeños, necesario para comprender mejor la identidad, fronteriza y confluyente, de esta tierra interior en la periferia de mundo tartésico allá en los confines del occidente mediterráneo. Como es sabido, el final del comercio de metales entre ambos extremos del Mediterráneo generó alternativas socioeconómicas y culturales diversas en la antigua geografía tartésica. Frente a la configuración de los estados ibéricos en Andalucía Oriental y a la aceleración del proceso urbanizador en la Turdetania, la región extremeña asiste al desarrollo de pujantes aristocracias rurales que en buena parte debieron frenar la plena configuración de una auténtica Cultura de *Oppida* (Rodríguez y Ortiz, en este volumen). En el caso concreto de la Penillanura, tal proceso podría encontrar sólidos argumentos en el complejo singular del Torrejón de Abajo y en el abandono de Aliseda (y quizá también El Risco) hacia finales del siglo V a.C.

En suma, en este trabajo se ha tratado de exponer cómo los estudios concretos realizados en una zona muy acotada de la región extremeña, la Penillanura, parecen contradecir esa impresión de «territorialización anómala» de Extremadura que, en el marco del Bronce Final del Suroeste, se venía defendiendo en los últimos años desde cierto sector de la bibliografía. De este modo, las labores de prospección y excavación desarrolladas en el Tajo Medio parecen esbozar un poblamiento hasta hoy casi ignorado que arranca de los primeros siglos del I milenio a.C. Como se desprende de las páginas anteriores, el Bronce Final sería sinónimo de un aprovechamiento más racional del medio, de un mayor sentido de la territorialidad y de una mayor correlación jerárquica entre asentamientos, que se traduce en la aparición de poblados centrales situados en altura que ejercen un evidente control político sobre el territorio. A partir de la definición de este patrón de asentamiento en alto y de la distribución de un poblamiento que atiende prioritariamente al control y la probable explotación de los recursos estanníferos, el estudio de los casos concretos del Risco y la Sierra del Aljibe de Aliseda ha permitido un acercamiento secuencial al proceso protohistórico. De esta forma, se constata una ocupación ininterrumpida de estos enclaves a lo largo del Bronce Final-Orientalizante Antiguo, Orientalizante Pleno-Reciente y Post-orientalizante, sin que haya argumentos para defender la continuidad entre este mundo y la «Cultura de los Castros» del Hierro II. El seguimiento de las estructuras constructivas y de la cultura material permite apreciar una vinculación inicial al mundo atlántico y su progresiva reconducción hacia la órbita tartésica, especialmente durante el Período Orientalizante. Al margen de eventuales reconducciones económicas aún no bien conocidas, el estudio de estos enclaves incide en la relativa «orientalización» del Tajo Medio, así como en la necesidad de proceder a investigaciones subregionales en favor de una mayor acotación de los fenómenos históricos. En este sentido, la personalidad económica y cultural de la Penillanura, frente al ámbito más «sureño y evolucionado» del Guadiana, parece encontrar su trasunto en la personalidad de las estelas extremeñas, en su desarrollo diferencial en cuanto a tipología y repartición geográfica, otro argumento en favor de la marginalidad –no peyorativa– de estas tierras respecto al mundo tartésico.

BIBLIOGRAFÍA

AGUAYO, P.; CARRILERO, M.; FLORES, C., y DEL PINO, M. (1987): «El yacimiento pre y protohistórico de Acinipo (Ronda, Málaga): campaña de 1985». *Anuario Arqueológico de Andalucía 1985. II. Actividades sistemáticas*, 294-304.

ALMAGRO BASCH, M. (1961): «El depósito del Bronce III Hispano de Cabezo de Araya. Arroyo de la Luz (Cáceres)». *Revista de Estudios Extremeños*, XVII, 7-26.

– (1966): «Las estelas decoradas del suroeste peninsular». *Bibliotheca Praehistórica Hispana*, VIII.

– (1969): «De orfebrería céltica: el depósito de Berzocana y un brazalete del Museo Arqueológico Nacional». *Trabajos de Prehistoria*, 26, 275-287.

ALMAGRO GORBEA, M. (1974): «Los asadores de bronce del Suroeste peninsular». *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, LXXVIII-1, 351-395.

– (1977): «El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura». *Bibliotheca Praehistórica Hispana*, XIV, Madrid.

– (1990): «El Período Orientalizante en Extremadura». *La Cultura Tartésica y Extremadura. Cuadernos Emeritenses*, 2, 85-125.

– (1991): «La necrópolis de Medellín». *I Jornadas de Prehistoria y Arqueología en Extremadura (1986-1990). Extremadura Arqueológica*, II, 159-173.

– (1992): «El origen de los celtas en la Península Ibérica. Protoceltas y Celtas». *Polis. Revista de ideas y formas políticas de la Antigüedad clásica*, 8, 5-31.

ALMAGRO GORGEA, M. y DÁVILA, A. (1989): «Ecce Homo. Una cabaña de la I Edad del Hierro». *Revista Arqueológica*, 98, 29-38.

ALMAGRO, M. y FERNÁNDEZ, D. (1980): *Excavaciones en el Cerro del Ecce Homo. Alcalá de Henares*, Madrid.

ALMAGRO GORBEA, M. y SÁNCHEZ ABAL, J.L. (1978): «La estela decorada de Zarza de Montánchez (Cáceres)». *Trabajos de Prehistoria*, 35, 417-423.

AUBET SEMMLER, M.E. (1990): «El impacto fenicio en el interior del mediodía peninsular». *La Cultura Tartésica y Extremadura. Cuadernos Emeritenses*, 2, 29-44.

– (1994): *Tiro y las colonias fenicias de Occidente* (edición ampliada y puesta al día). Barcelona.

AUBET, M.E.; SERNA, M.R.; ESCACENA, J.L. y RUIZ DELGADO, M.M. (1983): «La Mesa de Setefilla. Lora del Río (Sevilla). Campaña de 1979». *Excavaciones Arqueológicas en España*, 122, Madrid.

ÁLVAREZ, A. y GIL, J. (1988): «Aproximación al estudio de las vías de comunicación en el primer milenio antes de Cristo en Extremadura». *Trabajos de Prehistoria*, 45, 305-316.

ARRIBAS PALAU, A. (1959): «El urbanismo peninsular durante el Bronce primitivo». *Zephyrus*, X, 81-128.

BALIL, A. (1972): «Casa y urbanismo en la España Antigua, I». *StA*, 17.

BARCELÓ, J.A. (1989): «Las estelas decoradas del Sudoeste de la Península Ibérica». *Tartessos. Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir* (Coord. Aubet Semmler, M.E.), 189-208.

BARRIENTOS ALFAGEME, G. (1985): «Introducción geográfica a la Historia de Extremadura». *Historia de Extremadura*, I, 13-60.

– (1990): *Geografía de Extremadura*, Badajoz.

BLASCO BOSQUED, M.C. (1983): «Un nuevo yacimiento del Bronce madrileño: El Negralejo (Rivas-Vaciamadrid, Madrid)». *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 17, 43-150.

– (1984): «El Negralejo, un nuevo yacimiento de la Edad del Bronce en Madrid». *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileña*, 1, 101-135.

– (1987): «El Bronce Medio y Final». *130 años de Arqueología madrileña*, 83-107.

– (1992): «Etnogénesis de la Meseta Sur». *Paleoetnología de la Península Ibérica. Complutum*, 2-3, 281- 297.

– (1993): *El Bronce Final*. Madrid.

BLASCO, C.; LUCAS, R. y ALONSO, A. (1991): «Excavaciones en el poblado de la Primera Edad del Hierro del cerro de San Antonio (Madrid)». *Arqueología, Paleontología y Etnografía*, 2, 7-188.

BRIARD, J. (1985): *L'age du Bronce en Europe (2000-800 av. J.-C.)*. París.

CABO ALONSO, A. (1979): «Introducción Geográfica». *Extremadura. Colección Tierras de España*, 11-47.

CABRÉ AGUILÓ, J. (1930): «Excavaciones en Las Cogotas. Cardeñosa (Ávila). I El Castro». *MemJSEA*, 110.

CALLEJO SERRANO, C. y BLANCO FREIJEIRO, A. (1960): «Los torques de oro de Berzocana». *Zephyrus*, 11, 250-255.

CARRIAZO ARROQUÍA, J. DE M. (1973): *Tartessos y El Carambolo*.

CELESTINO PÉREZ, S. (1990): «Las estelas decoradas del suroeste peninsular». *La Cultura Tartésica y Extremadura. Cuadernos Emeritenses*, 2, 45-62.

– (1995): «El Período Orientalizante en Extremadura». *Arqueología en Extremadura: 10 años de descubrimientos. Extremadura Arqueológica*, IV, 67-89.

CELESTINO, S.; ENRÍQUEZ, J.J. y RODRÍGUEZ, A. (1992): «Paleoetnología del área extremeña». *Paleoetnología de la Península Ibérica. Complutum*, 2-3, 311-327.

CELESTINO, S. y JIMÉNEZ, J. (1993): *El Palacio-Santuario de Cancho Roano IV. El Sector Norte*. Badajoz.

COBERTERA, E. (1993): *Edafología aplicada*.

COFFYN, A. (1985): *Le Bronze Final Atlantique dans la Péninsule Ibérique*. París.

CORZO SÁNCHEZ, R. (1991): «Piezas etruscas del santuario de La Algaida (Sanlúcar de Barrameda, Cádiz)». *La presencia de material etrusco en la Península Ibérica* (Coord.: Remesal, J., y Musso, O.), 399-411.

CUADRADO DÍAZ, E. (1957): «La fíbula anular hispánica y sus problemas». *Zephyrus*, VIII-1, 5-76.

CHAVES TRISTÁN, F. y DE LA BANDERA, M.L. (1987): «Excavaciones en el yacimiento arqueológico de Montemolín (Marchena, Sevilla), 1985». *Anuario Arqueológico de Andalucía, 1985. II. Actividades sistemáticas*, 369-375.

CHEVILLOT, Ch. y COFFYN, A. (1991): «L'age du Bronze Atlantique». *Actes du I Colloque du Parc Archéologique de Beynac*.

DE LA BANDERA, M.L. y FERRER, E. (1994): «El timaterio orientalizante de Villagarcía de la Torre (Badajoz)». *Archivo Español de Arqueología*, 67, 41-58.

DELIBES DE CASTRO, G. (1978): «Una inhumación triple de la facies Cogotas I en San Román de la Hornija (Valladolid)». *Trabajos de Prehistoria*, 35, 225-250.

DELIBES, G. y FERNÁNDEZ MIRANDA, M. (1986-87): «Aproximación a la cronología del grupo Cogotas I». *Zephyrus*, XXXIX-XL, 17-30.

DELIBES, G.; FERNÁNDEZ, J.; ROMERO, F. y MARTÍN, R. (1985): «La Prehistoria del Valle del Duero». *Historia de Castilla y León*, I.

DELIBES, G., y ROMERO, F. (1992): «El último milenio a.C. en la Cuenca del Duero. Reflexiones sobre la secuencia cultural». *Paleoetnología de la Península Ibérica. Complutum*, 2-3, 233-258.

DIÉGUEZ LUENGO, E. (1964): «Nuevas aportaciones al problema de las estelas extremeñas. Hallazgo de dos fosas sepulcrales de la Edad del Bronce en Valencia de Alcántara». *Zephyrus*, XV, 125-130.

ENRÍQUEZ NAVASCUES, J.J. (1989-90): «Sobre algunos poblados del Bronce Final de la provincia de Badajoz». *Norba. Revista de Historia*, 10, 41-57.

– (1990): «El Bronce Final extremeño y su relación con la Cultura Tartésica». *La Cultura Tartésica y Extremadura. Cuadernos Emeritenses*, 2, 63-84.

ENRÍQUEZ, J.J. y RODRÍGUEZ, A. (1988): «Campaña de urgencia en la Sierra de la Martela (Segura de León, Badajoz)». *Extremadura Arqueológica*, I, 113-128.

ENRÍQUEZ, J.J.; RODRÍGUEZ, A. y PAVON, I. (E.p.): *El Risco. Excavación de Urgencia en Sierra de Fuentes (Cáceres). 1991 y 1993.*

ESTEBAN ORTEGA, J. (1988): «El yacimiento protohistórico del Cerro de la Muralla (Alcántara, Cáceres). Hallazgos metálicos». *I Congreso Peninsular de Historia Antigua*, vol. I, 265-294.

ESTEVE GUERRERO, M. (1945): «Excavaciones de Asta Regia (Mesas de Asta, Jerez). Campañas de 1942-43». *AAH*, III.

– (1969): «Asta Regia: una ciudad tartésica». *V SIPP. Tartessos*, 111-118.

FERNÁNDEZ JURADO, J. (1988-89): «Tartessos y Huelva». *Huelva Arqueológica*, X-XI.

FERNÁNDEZ-POSSE, M.D. (1986): «La cultura de Cogotas I». *Homenaje a Luis Siret*, 475-487.

FLORIDO LARAÑA, P. (1987): *La Minería en Extremadura.* Junta de Extremadura.

FLORIDO NAVARRO, C. (1984): «Ánforas prerromanas sudibéricas». *Habis*, 15, 419-436.

GALÁN DOMINGO, E. (1993): «Estelas, paisaje y territorio en el Bronce Final del Suroeste de la Península Ibérica». *Complutum Extra*, 3.

GARCÍA, A. (1995): «Los Suelos». *Vegetación y flora de Extremadura* (dir. Devesa Alcaraz, J.A.).

GARCÍA ALONSO, M. y URTEAGA ARTIGAS, M. (1985): «La villa medieval y el poblado de la Edad del Hierro de la Mota, Medina del Campo (Valladolid)». *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 23, 61-139.

GARCÍA-HOZ ROSALES, M.C. (1991): «Los bronces orientalizantes de El Torrejón de Abajo». *La presencia de material etrusco en la Península Ibérica* (Coord.: Remesal, J., y Musso, O.), 457-473.

GONZÁLEZ CORDERO, A. (1985): *Carta Arqueológica de la Comarca de Montánchez, Cáceres.* Tesis de Licenciatura inédita, F.F. y Letras, UEX, Cáceres.

GONZÁLEZ CORDERO, A.; CASTILLO, J. y HERNÁNDEZ, M. (1991): «La secuencia estratigráfica en los yacimientos Calcolíticos del área de Plasenzuela (Cáceres)». *I Jornadas de Prehistoria y Arqueología en Extremadura (1986-1990). Extremadura Arqueológica*, II, 11-26.

GONZÁLEZ CORDERO, A.; ALVARADO, M. y BLANCO, J.L. (1993): «Las joyas orientalizantes de Villanueva de la Vera (Cáceres)». *Trabajos de Prehistoria*, 50, 249-262.

GONZÁLEZ PRATS, A. (1983): *Estudio arqueológico del poblamiento antiguo de la Sierra de Crevillente (Alicante).* Alicante.

– (1990): *Nueva luz sobre la protohistoria del Sudeste.* Alicante.

GONÇALVES, V.S. (1990-91): «TESP3: O povoado pré-histórico da Torre do Esporão (Reguengos de Monsaraz)». *Portugalia*, XI-XII, 53 y ss.

GÓMEZ AMELIA, D. (1982): *La penillanura cacereña (Estudio Geomorfológico).* Cáceres.

IGME (1986): *Mapa Geológico de España* (E. 1:200.000), n.º 51, Cáceres.

IGME (1972): *Mapa Metalogenético de España* (E: 1: 1.500.000). *Mapa previsor de mineralizaciones de oro.*

INEA. J.M. Albareda (-): *Estudio Agrobiológico de la Provincia de Cáceres.* CSIC.

JABALOY, M.E.; SALVATIERRA, V.; GARCÍA, J.A. y GARCÍA, A. (1983): «El yacimiento preibérico del Cerro del Centinela». *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 8, 343-373.

JORGE, S. OLIVEIRA (1990): «Complexificaçao das sociedades e sua inserção numa vasta rede de interçâmbios». Portugal das origens à romanizaçao. *Nova História de Portugal* (dir. Serrão, J., y Oliveira, A.H.), 213-251.

KALB, Ph. (1978): «Sehhora da Guía, Baiões. Die ausgrabung 1877 auf einer höhensiedlung der Atlantischen Bronzezeit in Portugal». *Madrider Mitteilungen*, 19, 112-138.

– (1980): «Zur Atlantischen Bronzezeit in Portugal». *Germania*, 58, 25-59.

LORRIO ALVARADO, L.A. (1988-89): «Cerámica gris orientalizante de la necrópolis de Medellín (Badajoz)». *Zephyrus*, XLI-XLII, 283-314.

LUZÓN NOGUE, J.M. y RUIZ MATA, D. (1973): *Las raíces de Córdoba. Estratigrafía de la Colina de los Quemados.* Córdoba.

MALUQUER DE MOTES, J. (1958-a): *El castro de Los Castillejos en Sanchorreja.*

– (1958-b): «Excavaciones arqueológicas en el Cerro del Berrueco (Salamanca)». *Acta Salmanticensia*, XIV-1.

– (1981): «El santuario protohistórico de Zalamea de la Serena (Badajoz)». *Andalucía y Extremadura*, 225-409.

– (1982): «Notas de arqueología extremeña. Los asadores de bronce del yacimiento de Cancho Roano en Zalamea de la Serena (Badajoz)». *Homenaje a Fernández Chicarro*, 187-194.

MALUQUER, J.; CELESTINO, S.; GRACIA, F. y MUNILLA, G. (1986): *El Santuario Protohistórico de Zalamea de la Serena, Badajoz. III. 1983-1986.* Programa de Investigaciones Protohistóricas de la Universidad de Barcelona, XVI.

MAPA (1988): *Mapa Provincial. Escala 1:200.000. Cáceres.* MOPU, Dirección General del Instituto Geográfico Nacional (1988).

MAPA (1983): *Mapa de Cultivos y Aprovechamientos de la Provincia de Cáceres* (E: 1:200.000).

MARTÍN BRAVO, A.M. (1993): «El poblamiento de la comarca de Alcántara (Cáceres) durante la Edad del Hierro». *Complutum*, 4, 337-360.

– (1994): «Los castros del occidente de la provincia de Cáceres». *Castros y* oppida *en Extremadura. Complutum Extra*, IV, 243-286.

MARTÍN VALLS, M. y DELIBES, G. (1979): «Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (V)». *Bol. Valladolid*, XLIV, 321-345.

MARTÍNEZ NAVARRETE, M.I. (1979): «El yacimiento de "La Esgaravita" (Alcalá de Henares, Madrid) y la cuestión de los llamados "fondos de cabaña" del Valle del Manzanares». *Trabajos de Prehistoria*, 36, 83-118.

MARTÍNEZ, M.I. y MÉNDEZ, A. (1983): «Arenero de Soto. Yacimiento de "fondos de cabaña" del horizonte Cogotas I». *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileña*, 217-228.

MÉNDEZ MADARIAGA, A. (1982): «Algunos yacimientos con materiales del Bronce Final en la provincia de Madrid». *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileña*, 21-54.

MÉNDEZ, A. y GÁLVEZ, P. (1984): «Nuevos materiales de la Edad del Bronce en el término de Madrid. El yacimiento del km. 3,5 izquierda de la carretera de San Martín de la Vega». *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileña*, 33-73.

MOHEN, J.P. (1992): *Metalurgia Prehistórica*.

ONGIL VALENTÍN, M.I. (1983): «La estela decorada de Almoharín». *Vettonia*, 5-13.

PALACIOS, T. (1995): «El Sustrato». *Vegetación y flora de Extremadura* (dir. Devesa Alcaraz, J.A.), 20-36.

PALOL, P. y WATTENBERG, F. (1974): *Carta Arqueológica de España*. Valladolid.

PAVÓN SOLDEVILA, I. (1995-a): «La Edad del Bronce». *Arqueología en Extremadura: 10 años de descubrimientos. Extremadura Arqueológica*, IV, 35-65.

– (1995-b): «Bases estratigráficas para una revisión cronológica del Bronce del Suroeste: el Corte 3 de la Umbría del Cerro del Castillo de Alange (Badajoz)». *Homenaje a la Dra. D.ª Milagro Gil-Mascarell Boscà. Extremadura Arqueológica*, V, 81-96.

– (1995-c): *El tránsito del II al I milenio a.C. en las cuencas medias de los ríos Tajo y Guadiana: la Edad del Bronce*. Tesis Doctoral inédita, F.F. y Letras, UEX, Cáceres.

PAVÓN, I. y RODRÍGUEZ, A. (E.p.): «Excavación de urgencia en el poblado protohistórico de Aliseda (Cáceres). Avance preliminar». *Actas del II Congreso Peninsular de Arqueología*, 1996.

PELLICER CATALÁN, M. (1987-88): «Las cerámicas a mano del Bronce Reciente y del Orientalizante Antiguo en Andalucía Occidental». *Habis*, 18-19, 461-483.

PELLICER, M., y HURTADO, V. (1980): *El poblado metalúrgico de Chinflón (Zalamea la Real, Huelva)*.

PELLICER, M.; ESCACENA, J.L., y BENDALA, M. (1983): «El Cerro Macareno». *Excavaciones Arqueológicas en España*, 124.

PEREA, A. (1991): *Orfebrería Prerromana. Arqueología del oro*. Madrid.

PINTO, C.V., y PARREIRA, R. (1978): «Contribuçao para o estudo do Bronze Final e do Ferro Inicial a norte do Estuário do Tejo». *III Jornadas Arqueológicas*, 147-163.

RAMÓN FERNÁNDEZ-OXEA, J. (1942): «Una estela prerromana del tipo de la de Solana de Cabañas». *Archivo Español de Arqueología*, 15, 334-337.

– (1950): «Lápidas sepulcrales de la Edad del Bronce en Extremadura». *Archivo Español de Arqueología*, 23, 293-318.

– (1955): «Dos nuevas estelas de escudo redondo». *Archivo Español de Arqueología*, 28, 266-273.

RIVEIRO, O.; LAUTENSACH, H. y DAVEAU, S. (1987): *Geografia de Portugal. A Posição Geográfica e o Território*.

RODRÍGUEZ DÍAZ, A. (1994): «El Valle Medio del Guadiana, "Espacio de Frontera" en la Protohistoria del Suroeste (I)». *Sagvntvm*, 27, 107-124.

– (E.p.): «Extremadura, un espacio periférico y fronterizo en la protohistoria del Suroeste». *II Reunión Internacional sobre los Orígenes de la Civilización en la Europa Mediterránea*. Baeza, 18-20 de diciembre de 1995.

RODRÍGUEZ, A.; ENRÍQUEZ, J.J. y PAVÓN, I. (1995): «El poblado protohistórico de Aliseda (Cáceres): materiales de superficie y perspectivas». *Homenatge a la Pfra. Dra. Milagro Gil-Mascarell Boscá*, vol. I, *Sagvntvm*, 29. 43-56.

ROSO DE LUNA, M. (1898): «Losa sepulcral de Solana de Cabañas en el partido de Logrosán (Cáceres)». *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 32, 179-182.

ROVIRA LLORENS, S. (1994): «Estudio arqueometalúrgico del timaterio». *Archivo Español de Arqueología*, 67, 58-61.

RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M. (1984): *La Península Ibérica y sus relaciones con el Círculo Cultural Atlántico*. Madrid.

– (1987): «Bronce Atlántico y "cultura" del Bronce Atlántico en la Península Ibérica». *Trabajos de Prehistoria*, 44, 251-264.

– (1990): «Canciones del muchacho viajero». *Veleia*, 7, 79-103.

– (1992): «La novia vendida: orfebrería, herencia y agricultura en la Protohistoria de la Península Ibérica». *Spal*, 1, 219-251.

RUIZ GÁLVEZ, M. y GALÁN, E. (1991): «Las estelas del Suroeste como hitos de vías ganaderas y rutas comerciales». *Trabajos de Prehistoria*, 48, 257-273.

RUIZ MATA, D. (1979): «El Bronce Final –fase inicial– en Andalucía Occidental. Ensayo de definición de sus cerámicas». *Archivo Español de Arqueología*, 52, 3-15.

– (1981): «El poblado metalúrgico de época tartésica de San Bartolomé (Almonte, Huelva)». *Madrider Mitteilungen*, 22, 150-170.

– (1995): «Las cerámicas del Bronce Final. Un soporte tipológico para delimitar el tiempo y el espacio tartésico». *Tartessos 25 años después. 1968-1993*, Jerez de la Frontera, 265-313.

RUIZ, D. y FERNÁNDEZ, J. (1986): «El yacimiento metalúrgico de época tartésica de San Bartolomé de Almonte (Huelva)». *Huelva Arqueológica*, VIII.

SACRISTÁN DE LAMA, J. (1986): *La Edad del Hierro en el Valle Medio del Duero. Rauda (Roa, Burgos)*.

SÁNCHEZ, C. (1992): «Las copas tipo Cástulo en la Península Ibérica». *Trabajos de Prehistoria*, 49, 327-333.

SCHUBART, H. (1975): *Die Kultur der Bronzezeit im Südwesten der Iberischen Halbinsel.* Madrider Forschungen, Band 9, Berlín.

SILVA, A.; COELHO FERREIRA, D.A., y GOMES, M. VARELA (1992): *Proto-história de Portugal.*

SILVA, C.T., y otros (1985): «Monte de Sta. Luzia». *Información Arqueológica,* 5.

SOS BAYNAT, V. (1961): «La Prehistoria y el estaño de Extremadura». *Diario Hoy,* 1 de septiembre.

– (1967): «Geología, Mineralogía y Mineralogenia de la Sierra de San Cristóbal, Logrosán (Cáceres)». *Memorias de la Real Academia de Ciencias. Serie Ciencias Naturales,* tomo XXII-1, 4-141.

– (1968): «Logrosán, localidad prehistórica importante». *Diario Hoy,* 1 de septiembre.

– (1977): «Los hallazgos prehistóricos de Logrosán (Cáceres)». *Revista de Estudios Extremeños,* XXXIII-2, 261-286.

– (1981): «Los yacimientos de casiteritas y wolframitas de la Sierra de Montánchez, Cáceres». *Boletín de la Sociedad Española de Mineralogía,* 3, 5-14.

URIBARRI, J.L.; MARTÍNEZ, J. y LEIS, I. (1987): *Primeros asentamientos humanos en la ciudad de Burgos. I. El yacimiento arqueológico del Castillo y Cerro de San Miguel.*

VILAÇA, R. (1994): «Aspectos do povoamento da Beira Interior (Centro e Sul) nos finais da Idade do Bronze». *Trabalhos de Arqueología,* 9, Facultade de Letras de Coimbra.